Göran Therborn

PERIPECIAS DE LA MODERNIDAD

El porvenir de las clases y del socialismo en la era postindustrial



Principales obras del autor

Science, Class and Society, London, Verso, 1976 (trad. Cast.: **Ciencia, clase y sociedad. Sobre la formación de la sociología y del materialismo histórico**, Madrid, Siglo XXI, 1980)

Wath Does the Ruling Class Do When It Rules?, London, Verso, 1978 (**¿Cómo domina la clase dominante?**, Madrid, Siglo XXI, 1979).

The Ideology of Power and tbe Power of Ideology. London, Verso, 1980 (**La ideología del poder y el poder de la ideología**, Madrid, Siglo XXI, 1987).

Klasstrukturen i Sverige 1930-1980, Lund, Zenit, 1981.

Why Some Peoples are more unemployed than others?, London, Verso, 1986 (**Por qué en algunos países hay más paro que en otros**, Valencia, Alfons el Magnanim, 1989).

Social Modernity in Europe 1950-1992, in W. Barberis et al. (eds.), **Storia d'Europa**, vol. I, Torino, Einaudi, 1992 [en prensa].



ganz1912

VIAS A TRAVES DE LA MODERNIDAD

La invitación a dar lo que ustedes llaman una conferencia magistral es un honor grandísimo para mí y para la ciencia social sueca internacional, que me ha formado. Desafortunadamente, tengo que agradecer a ustedes esta invitación maltratando su idioma, del cual ustedes, y con todo derecho, se sienten orgullosos. Sin embargo, prefiero hacer un esfuerzo comunicador con ustedes en el idioma propio en lugar de un inglés o francés desnacionalizados. Es ésta además una forma de expresar mi respeto a la soberanía nacional que ustedes representan y cuidan. También es una expresión de lazos personales importantes con México y el pueblo mexicano. El poco español que hablo, lo aprendí aquí hace 16 años. Mi hija tiene una madrina mexicana.

Hablar al poder

¿Que le diría un intelectual, como científico social, al poder, es decir a un poder cuya legitimidad deriva de la fidelidad a una constitución democrática? He terminado con las cortesías. La crítica de un extranjero poco informado sería irresponsable, la adulación sería una vergüenza, un espectáculo intelectual sería banal en este país de grandes poetas y pintores. Las diversiones se las dejo mejor a los personajes de *mass media*. Tampoco vengo con consejos ni con la bola de cristal del futuro.

Lo que podría hacer, es presentar un cuadro, donde la duración del poder, cualquiera que éste sea, se ubique como un momento de la historia y donde la sede del poder aparezca como un punto en el espacio social. Es decir, un esbozo del presente en su historia, un esbozo de la política actual en las redes de la acción social en este drama fascinante sin autor ni director que es la sociedad humana.

Coincidencias y peripecias de la modernidad

Hablaré de la modernidad, de sus peripecias y sobre todo de sus enlaces complejos, experiencias diversas y de las vías diferentes a través de la modernidad. Sabemos que Leonardo da Vinci, Colón y

Lutero y sus colegas y rivales han abierto las puertas a la era nueva o moderna.

Sabemos que la afirmación explícita del arte contemporáneo, moderno, en comparación con los modelos antiguos comenzó en la Francia de Luis XIV. Del historiador alemán Kosellek[1], hemos aprendido sobre el cambio del concepto occidental del tiempo en la segunda mitad del XVIII, desde la concepción apocalíptica y predeterminada de la Biblia a la de una concepción de horizonte abierto del presente de este mundo.

Desde un punto de vista más político, la Revolución Francesa y la independencia de las Américas jugaron un papel en el surgimiento de la modernidad. A la Revolución Francesa le debemos dos conceptos claves de la práctica política moderna: revolución y reforma. Antes de las convulsiones sociales de fines del siglo XVIII, revolución y reforma significaron lo opuesto a lo que significan hoy, es decir en vez de cambio y transformación significaron restauración y, en el caso de revolución, también repetición o golpe.[2]

Con las revoluciones americanas y francesa comenzó también la concepción moderna de la democracia, como un tipo de régimen político general, y no solamente como una forma política posible en pequeñas repúblicas urbanas.

No obstante, trataremos aquí la modernidad en un sentido menos extenso, tal vez se le podría llamar el período de la *alta modernidad*. Esta es una época que hasta ahora carece de historiador y cuyos contornos aún permanecen casi desconocidos. Esta época podemos delimitarla en el tiempo entre la mitad del siglo XIX y finales de nuestro siglo.

En esta delimitación del tiempo histórico, de aproximadamente 125 años, coinciden *tres temporalidades diferentes, la del socialismo, la del arte y la de la industria.*

El socialismo en el sentido contemporáneo comenzó como movimiento ideológico y político con el **Manifiesto Comunista** de 1848,

[1] R. Kosellek, **Vergangene Zunkunft**, Frankfurt, Suhrkamp. 1979.

[2] Cf. G. Therborn, "Reform and Revolution", en J. Bohlin et al. (comp.). **Samhällsvetenskap, ekonomi och historia**, Götenburg, Daidalos, 1989.

el texto político más influyente después de la Ilustración y las revoluciones americanas y francesa. Al leerlo ahora parece ante todo un Manifiesto Modernista.[3] En sus primeras páginas se subrayan los avances de "la sociedad burguesa moderna", de "la gran industria moderna", la "moderna burguería", "el Estado moderno" y el gran movimiento contemporáneo donde "todas las relaciones fijas y congeladas, con sus rasgos de prejuicios venerables y antiguos son descartadas, y todas la nuevas formas de relación devienen anticuadas antes que puedan ser cosificadas".[4]

No me parece arbitrario decir que, en el arte, la alta modernidad comienza con la obra de Baudelaire, con su poesía y con sus famosos ensayos sobre la pintura, "El salón de 1846" con su capítulo final sobre el heroísmo de la vida moderna, y "El pintor de la vida moderna", escrito en 1859-1860. La primera edición de su poemario **Las flores del mal** apareció en 1857. En la historia económica se produjo un viraje mundial entre 1830 y 1860. En Europa occidental se dio un salto industrial. Gran Bretaña surge como el centro industrial del mundo. Al mismo tiempo, y aquí veremos la necesidad de distinguir vías diferentes a la modernidad, los antiguos centros mundiales de producción industrial y manufacturera, China e India, se desindustrializaron. Su producción *per cápita* disminuyó. En 1830 China e India produjeron 37 por ciento de los productos fabricados en el mundo y Europa 34 por ciento. Treinta años más tarde, el 53 por ciento se producía en Europa y 28 por ciento en China e India. Menos del uno por ciento venía de México y Brasil[5]

Me atrevería a decir que la influencia mundial del socialismo y del movimiento obrero culminó históricamente alrededor de 1980, o mejor dicho a fines de los años sesenta y el comienzo de los años ochenta. Años con la tasa histórica[6] de sindicalización más alta y de mayor apoyo electoral hacia los partidos socialistas y socialdemócra-

[3] Una lectura que nos señaló Marshall Beman, **All that is solid melts into air**, London, Verso, 1982.[trad.cast.: Madrid, Siglo XXI, 1988]

[4] K. Marx y F. Engels, **El maniesto comunista**, Marx-Engels Werke, vol. 4, p. 465.

[5] P. Bairoch, "International Industrializaion Levels from 1750 to 1980", **The Journal of economic history**, vol. 11 (1982), p. 281 y 296.

[6] Con algunas excepciones cortas al final de la segunda guerra mundial.

tas en los países capitalistas avanzados, años de enorme expansión del Estado de bienestar. También son los años de planes socialistas concretos más radicales, como el proyecto de "fondos de asalariados" en Suecia y el programa de la izquierda francesa de "ruptura con el capitalismo". Los países europeos que decían haber realizado el socialismo se encontraban en 1968-70 en la cima de su desarrollo relativo.[7] En Asia y en Africa se lograban las victorias militares en Indochina, en Angola y Mozambique. América Latina tuvo las experiencias de la Unidad Popular chilena y de la revolución nicaragüense. No es necesario destacar aquí la diferencia con nuestros días.

El modernismo cultural ha desaparecido o muerto tanto o tan poco como el socialismo. Sin embargo, un cambio importante tiene lugar al mismo tiempo. En los años ochenta el posmodernismo ha llegado a significar algo más estable y de la época, que un grupo de poetas hispanoamericanos entre el modernismo y el vanguardismo[8] o que la pintura y la cultura *pop* en Nueva York en los años sesenta[9]. El posmodernismo ha llegado a ser, en la década de los ochenta, una nueva configuración cultural, con una referencia estética de base en la arquitectura avanzada después del "estilo internacional"; con una referencia social en el urbanismo de las Vegas y los Angeles, y con una dirección ideológica central en el abandono explícito del proyecto o esperanza modernista de emancipación y progreso[10]. A pesar de todo lo anterior el posmodernismo sigue siendo una noción vaga y controversial.

[7] Cf. G. Therborn, "The prospects of labour and the trasformation of advanced capitalism", **New Left Review**, nº 145 (1984); "Staten och människors välfärd" en B. Furuhagen (comp.), **Utsiki mot Europa**, Stockholm, Sveriges Radio, 1991.

[8] Como el chileno Carlos Pezoa Velis, el argentino Leopoldo Lugones o el mexicano José Juan Tablada T. Femándes, **La poesía hispanoamericana en el siglo XX**, Madrid, Taurus Ediciones, p. 15; J. Weisgerber (comp.), **Les avant-gardes littéraires au XXe siécle**, Budapest, Akadémia Kiado, 1984, vol. 1, p. 63.

[9] Cf. Berman op. cit., p. 31-2; M. Featherstone (comp.), **Postmodernism**, London, Sage, 1988, p. 202-3; M. Calinescu, **Five faces of modernity**, Durham, Duke Univiersity Press. 1987, p. 295 ff.

[10] J. F. Lyotard, **La condition postmoderne**, París, Ed. de Minuit, 1979; ídem, **Le postmodernisme expliqué aux enfants**, Paris, Ed. Galilee, 1986 [traducidos por Ed. Cátedra de Madrid]; A. Huyssen, **After the Great Divide**, Bloomington, Uni-

También en la historia industrial se ha producido un giro reciente. Alrededor de 1970 culminó la sociedad industrial, en el sentido del peso relativo del empleo industrial en los países más avanzados, es decir en los países de la OCDE. Después de 1974-1975 comenzó en esta parte del mundo una relativa desindustrialización. Los países del Tercer Mundo no serán jamás sociedades industriales en el sentido europeo de una dominación relativa del empleo industrial. Con Estados Unidos y Japón primeramente, luego Corea, Taiwan, Brasil, México y otros, pasarán de una dominación agraria a una dominación de los sectores de servicios.

He hablado de la coincidencia de las modernidades del socialismo, del arte o de la alta cultura y del industrialismo. No he hablado de cómo el uno se refleja en el otro. La verdad es que estamos solamente comenzando a comprender como se han entrelazado estas tendencias históricas. Es claro que debemos esperar una correlación entre industrialización y socialismo marxista/movimiento obrero, pero sabemos que esta correlación a nivel de naciones ha sido tan débil, que la coincidencia histórica mundial puede aparecer de sorpresa. Menos clara parece, por ejemplo, la correlación entre vanguardismo poético o pictórico y vanguardismo político. Con sus posturas de vanguardia toman ambos las expresiones más provocativas en su subperíodo de la época de alta modernidad. Es decir lo político del anarquismo terrorista de los años noventa hasta la defensa de la dictadura del proletariado por Lenin y Trotsky en 1918-20, y el vanguardismo estético con un desfasamiento de una década, desde el futurismo hasta el surrealismo incluido.

Se debe añadir, que la trayectoria del *cientificismo* o de la cientificación de la vida no coincide muy bien con nuestra época de alta modernidad. No formó parte del movimiento europeo del cuarenta y ocho, sino que apareció en Europa más tarde en el siglo, con el radicalismo anticlerical en Europa latina, con el naturalismo en la huella

.../

versity of Indiana Press, 1986; F. Jameson, "Postmodemism or the cultural logic of late capitalism". **New Left Review nº 146 (1984)** [trad. cast. en **Ensayos sobre el posmodernismo**,Bs. As., Imago Mundi, 1991]; D. Harvey, **The condition of postmodernity**, Oxford, Blackwell, 1989; Featherstone y Calinescu, **op. cit.**

de Darwin, y con el socialismo llamado científico, idea que está ausente en el **Manifiesto**. Es verdad que la primera gran obra de Augusto Comte se publicó en 1838, pero la influencia cientificista de Comte se concentró fuera de Europa, y más tarde en la república brasileña, en el porfiriato mexicano y al final del imperio Otomano. Por otra parte, una versión de la teorización posindustrial señala la llegada de una sociedad del saber (de conocimientos), donde la universidad va a sustituir a la fábrica como centro de producción.[11]

El *contraste tradición-modernidad* es una conceptualización central, común tanto para el arte --con su crítica y su teoría-- como para la sociología. La sociología se construyó como un puente que separa y une una sociedad en vías de desaparecer y una sociedad en vías de aparición. Primero en forma de la protosociología de Saint-Simon y de Comte, luego en sus clásicos como Durkheim, Weber y otros. En la madurez de la sociología este enfoque sobre contraste de época se va perdiendo de vista. El problema de la modernidad reapareció en la ciencia social cerca de 1960, en relación con el proceso de descolonización, como investigación sobre las tareas de modernización.[12] Una década más tarde desaparece nuevamente, desacreditada por las críticas antidependentistas con sus concepciones del subdesarrollo como algo moderno y desarrollado en lugar de algo tradicional y falto de desarrollo.

Ahora el tema de la modernidad vuelve al centro de atención, como parte de un nuevo interés por estudios e interpretaciones culturales, y en forma de punto de partida del llamado posmodernismo. Desde esta óptica la sustitución de la teoría de la modernización por la del sistema capitalista mundial parece remplazar una perspectiva unilineal de la historia con un reduccionismo económico.

En suma, la modernidad tiene sus coincidencias complejas y sus peripecias intelectuales poco menos complejas. Todos nosotros for-

[11] D. Bell, **The coming of post-indutrial society**, New York, basic Books, 1973 [trad. cast.: Madrid, Alianza]; A. Touraine, **The post industrial society**, New York, Random House, 1971 [trad.cast.: Barcelona, Ariel, 1969].

[12] Vea por ejemplo D. Apter, **The politics of modernization**, Chicago, University of Chicgo Press, 1965 [trad.cast.: Bs. As., Amorrortu]; H. U. Wehler, **Modernisiserungstheorie und Geschichte**, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1975.

mamos parte de este drama. Pero para poder captarlo como nuestra historia, no es suficiente un bosquejo de sus contornos externos. Tenemos que entrar en el análisis de su construcción.

La modernidad y su dialéctica como nuestra historia

Comprender la modernidad como nuestra historia, como nuestro contexto social, significa analizarla como un proceso multidimensional, multilineal y dialéctico o intrínsecamente contradictorio.

Sus dimensiones tienden a desbordar los esquemas interpretativos simples y bien proporcionados. Estas pueden trazarse solamente en formas tan generales y amplias como la sociología. Los sociólogos analizamos el mundo social, las acciones y las relaciones de los hombres y de las mujeres desde dos puntos de vista fundamentales: su cultura y su estructura.

La cultura es entendida aquí como todo lo aprendido en una población, lo cual constituye una *guía interior* para cada actor social. La estructura se refiere a la ubicación de cada actor social en una cierta distribución de *recursos y de restricciones*, recursos o falta de recursos de poder, de dinero, de contactos. Idealistas y materialistas se disputan la importancia relativa y el curso de la causalidad dentro la pertenencia cultural y la localización estructural. En cualquier caso, en esta perspectiva la cultura, la estructura, o sus sinónimos, juegan en la sociología un papel semejante al de oferta y demanda en la economía.

En la cultura de cada uno hay tres aspectos fundamentales: un sentido de indentidad, un lenguaje y horizonte social, es decir una capacidad cognitiva, y un sistema de valores y normas.

Se podría discutir largamente qué significa una cultura moderna en estos tres aspectos. No lo haré hoy, pues una conferencia tiene sus límites. Lo más importante no es el contenido en sí de la cullura moderna, sino su dialéctica, sus contradicciones específicas.

La *dialéctica de la modernidad* es tanto estructural como cultural. Pero simplificaremos él análisis hablando aquí desde un punto de vista cultural. Hablaremos de tres contradicciones.

Primero. Hay una dialéctica individualismo-colectivismo. El hombre moderno, la mujer moderna son tanto individualistas como colectivistas. La modernización significa una apertura, una transformación, una liberación de la identidad heredada de la tradición, de la identidad familiar, de la localidad, el rango social.

La apertura tiene dos puertas: una individual, que da al patio interior, al esfuerzo, al mérito, a la elección de ocupación o carrera individual, al amor romántico y a la movilidad individual anónima; la otra puerta da a la calle social, al colectivo de ciudadanos de un Estado político, de pertenencia a una nación, de miembros de una clase o de una asociación organizada. El individualismo y el colectivismo modernos están íntimamente ligados entre sí. Solamente un individuo liberado de los lazos tradicionales puede ser plenamente ciudadano, patriota, miembro militante. Son los movimientos colectivos los que han abierto las puertas de las casas tradicionales. Por otro lado, no hay una armonía estable entre el individualismo y el colectivismo, sino una tensión permanente, y a veces conflictos violentos hasta la subversión o la represión del uno por el otro.

Segundo. La modernidad ha abierto el universo simbólico y cognoscitivo, ampliado el horizonte y ofrecido nuevas posibilidades de expresarse y de comprender a los demás. Hoy tenemos en muchos aspectos una cultura global, sobre todo en lo musical pero también en lo que se refiere a imágenes y estrellas trasmitidas por satélites de comunicación. Pero esta apertura del mundo simbólico y cognitivo crea al mismo tiempo nuevas y mayores posibilidades de manipularlo y cerrarlo. La modernidad no implica solamente la ruptura con la tradición sino también la invención de tradiciones,[13] de mitos y simbolismos nacionalistas por ejemplo: no solamente una vista más extensa, sino también la creación de estrellas; no solamente espacios más amplios para la búsqueda de la razón, sino también medidas más efectivas para comunicar la mentira. Ambos son inherentes a la apertura moderna del lenguaje y del horizonte social.

[13] Cf. E. Hobsbawn y T. Rangen (comp.), **The invention of tradition**, Cambridge University Press, 1983.

Tercero. Tenemos que hay una dialéctica en los valores y las normas modernas. Por un lado, modernidad significa cuestionar, dudar y probar la fe religiosa y todas las creencias heredadas. Este empuje moderno se manifiesta tanto en la vida cotidiana como en la investigación científica. Su escepticismo y apertura a toda argumentación racional forma la base, la precondición del debate público y del diálogo en él sentido de Habermas.[14] Por otra parte, la modernidad conlleva valores y normas específicos e implica una nueva fe, una fe en la modernidad misma. Es decir, un credo en y una evaluación normativa del progreso, de la emancipación, de la racionalidad, de la libertad, de la igualdad. Entre el escepticismo y el nuevo credo no hay tampoco un punto estable de distensión. Las tensiones y conflictos provienen o derivan de las raíces del pensamiento moderno. De ahí las repetidas tentaciones de intentar evitarlos con la violencia represiva o con un salto irracionalista a una fe escogida.

La dialéctica fundamental de la modernidad significa que son vanas las esperanzas de una evolución progresiva y de una revolución de emancipación definitiva. El progreso y la emancipación contienen y generan sus propios contrapuntos, resistencias y reveses. Por otro lado, denunciar la modernidad y el "proyecto moderno" a causa de sus horrores, como Auschwitz, Hiroshima o el Gulag o tragedias menores, es obtuso, sin sentido. ¿Por qué?

Porque el trabajo forzado, el sacrificio humano, la tortura y la masacre no son invenciones modernas, pues el carácter dialéctico de la modernidad significa que los planes de progreso, de razón y de emancipación son irreductibles a sus contradicciones crueles. La emancipación total y definitiva puede ser utópica, el fin definitivo de la emancipación y del progreso no es menos utópico.

La dialéctica de la modernidad no tiene solución. Aunque hay tentativas que apuntan en esta dirección, un regreso a un estado premoderno, como reclaman los movimientos fundamentalistas de varias religiones, no es posible. Estamos alejándonos de la modernidad

[14] J. Habermas, **Strukturwandel der Öffentlickeit**, Neuwied, Luchterhand, 1962; **Theorie des komunikativen Hadelns**, Frankfurt, Suhrkamp, 1981 [trad.cast.: Madrid, Taurus].

en otra dirección, la de la posmodernidad, como afirman varios intelectuales europeos y norteamericanos. Me parece que tal perspectiva se basa en una interpretación abatida, no dialéctica de la modernidad. Lo que está ocurriendo parece mucho más un cambio de los parámetros de la dialéctica moderna, que de la modernidad misma con sus contradicciones características. La figura de la posmodernidad sería entonces una nueva apertura en el universo simbólico y una nueva variante del escepticismo moderno.

No hay ni solución, ni salida. ¿Qué podemos hacer frente a la dialéctica de la modernidad? Podemos manejarla. Para esto es necesario ver la modernidad como proceso histórico social.

Las vías a través de la modernidad

La experiencia moderna no es sólo un camino, el cual recorrieron unos primero y otros después; ni un camino por donde algunos caminaban por el centro bien asfaltado y otros por la orilla o por la acequia. El mundo moderno tiene una topografía histórica propia, con caminos y sendas diferentes a través de sus montañas, valles, abismos y llanos.

Para comenzar, se pueden distinguir en el mundo cuatro grandes sistemas de vías hacia la modernidad y a través de ésta. Las vías se delinean sobre la base de una historia de modernización entrelazada y desigual. Estamos trazando su mapa, originalmente dibujado en el curso de un estudio sobre el desarrollo de la democracia moderna.[15]

Primero, la vía europea donde comenzó y desde donde se difundió lo que llamamos la modernidad, desarrollándose de su propio pasado tradicional. En Europa emergieron y se elaboraron casi todas las grandes ortodoxias y las grandes herejías de la edad moderna, los grandes *ismos* en pugna en pro o en contra de la modernidad, republicanismo y monarquismo, laicismo y catolicismo ultramontano, nacionalismo y legitimismo, el modernismo y el clasicismo de la literatura y la pintura, el liberalismo, el conservadurismo de princi-

[15] G. Therborn, **Sufrage and the rise of political modernity: a global perspective on trajectories and contexts**, presentado en 1990, publicación 1991.

pios, los movimientos democráticos y antidemocráticos, el socialismo, el leninismo y el fascismo. La modernización europea fue una guerra civil. Un proceso largo de violencia interna, de revoluciones, guerras, incluidas dos guerras llamadas mundiales, y los dos regímenes más sangrientos y represivos, el nazismo y el stalinismo.

La vía *europea* es también una experiencia de poder y riqueza crecientes, una experiencia conquistadora, jamás conquistada, aunque a veces amenazada. Incluso el crepúsculo de su poder mundial, con la aparición de Estados Unidos como el centro hegemónico y con la descolonización de los imperios europeos, se experimentó com o un amanecer económico. La pérdida de centralidad mundial coincidió con el gran *boom* del final de los años cincuenta hasta 1975, período en que desapareció la pobreza y el escasez masiva en Europa.

Europa celebra ahora la paz victoriosa de la modernidad democrática liberal construyendo en Bruselas un arco del triunfo continental.

En el segundo sistema de vías, se puede distinguir un tipo de procesos y experiencias común a los *nuevos mundos*, de las Américas, de Australia, y algunas otras islas y regiones costeñas con sociedades que han llegado a la modernidad con las ondas migratorias transcontinentales al comienzo de la edad nueva. Es decir que, entre la modernidad mexicana y yanqui hay algunas semejanzas fundamentales, pienso yo. Tanto al norte como al sur del Río Grande el proceso clave de modernización fue la guerra de independencia. La manera de romper con la tradición fue lanzarla allende al océano. En los nuevos mundos independientes las grandes batallas no se combatieron entre la tradición y la modernidad, entre el progreso y la reacción, sino alrededor de los problemas sobre cómo construir la nueva sociedad. ¿Quiénes pertenecen plenamente a ésta? ¿Los antiguos inmigrantes solamente o los nuevos también? ¿Y los negros, los indios, los chinos? ¿Cómo organizar el poder, centralizado, federal, confederal?

En lugar de las líneas históricas y de clase europeas se desarrolló en los nuevos mundos un sincretismo de ideologías y combinaciones sociopolíticas, por ejemplo terratenientes liberales y movimientos

obreros nacionalistas, disidentes burgueses radicales y masas populares clientelizadas.

He hablado de nuevos mundos en plural, porque por supuesto hay varios. Como lo ha subrayado Octavio Paz, la nueva América formada por la Reforma fue diferente de la América formada por la Contrareforma.[16]

Además sabemos que las sociedades criollas de los virreinatos más antiguos y más ricos, Nueva España y Perú, entraron en la independencia postradicional a disgusto.[17] [18] En América Latina la modernidad llegó más en forma de destrucción de la sociedad colonial y como pérdida de anclas que como un viento modernizador.

Posteriormente, gran parte de la experiencia moderna latinoamericana ha sido una frustración detrás de modernizadores aparentemente más avanzados, como Francia, Inglaterra, Estados Unidos. Experiencia amarga de nuevo enfatizada en la década de los ochenta. Mientras que para los norteamericanos la modernidad adquiere la expresión de encuentro con su destino, el destino de ser los más ricos, los más poderosos, los más modernos del mundo.

El tercer sistema de vías se ubica en la *zona colonial*, en la vasta área del noroeste de Africa hasta Indonesia y Nueva Guinea. Aquí la modernidad comenzó con un trauma muy profundo, con la conquista y la colonización. La modernidad llegó en el cañón de un fusil. Al contrario de las experieneias americanas, en la zona colonial la descolonización e independencia no significaron liberarse de un poder tradicional, sino apropiarse de una modernidad ajena e integrarla en una sociedad vieja, traumalizada por la colonización. En la destrucción modernizadora hubo una diferencia cualitativa en cuanto a pro-

[16] O. Paz. **El ogro filantrópico**, Barcelona y México, Ed. Seix Barral, 1979, p. 55.

[17] J. Lynch, **Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826**, Barcelona y México, Ed. Ariel, 1976; J. O. Rodríguez (comp.), **The independence of México and the creation of the new nation**, Los Angeles, UCLA, 1989.

[18] En Brasil se nacionalizó por un período la tradición, monarquía, aristocracia, esclavitud y todo. Por otro lado, hubo también interpretaciones de la lucha para la independencia como la liberación de una sociedad prehispánica colonizada, véase por ejemplo J. de Arenal Fenochio "Modernidad, mito y religiosidad en el nacimiento de México" en J. Rodríguez (comp.), **The independence of México and the creation of the new nation**, Los Angeles, UCLA, 1989, p. 243.

fundidad y violencia entre Africa negra y Asia. Las culturas asiáticas tenían mucha más capacidad de resistencia. Esta diferencia se vive desde la independencia en el estancamiento, a veces catastrófico, y en la desorientación de Africa y, por otro lado, el desarrollo de una modernidad autónoma en partes de Asia.

Finalmente, la modernización del mundo contiene una cuarta vía, la de los *tradicionalismos no europeos renovados*, desafiados pero nun-ca colonizados, y finalmente modernizados. Pienso primeramente en Japón y también en China, Siam, Irán, el imperio Otomano y algunos otros países. En éstos la modernidad empezó en su interior, pero desde arriba, y por parte de poderes tradicionales amenazados por los imperialismos europeos y norteamericano. La modernidad llegó en forma de instrumentos para mantener un Estado y una cultura antiguos, transformándolos para poder resistir mejor.

Al contrario de la experieneia europea, los conflictos internos en pro o en contra de la modernidad ocurrieron típicamente entre modernizadores de la élite y tradicionalistas de la base de la sociedad. El llamado fundamentalismo musulmán es una manifestación actual de este conflicto. En Asia oriental, después de la humillación china y la derrota militar japonesa, se ha llegado por esta vía a una modernidad tanto económica como culturalmente distinta y exitosa, en forma de capitalismo avanzado en el caso de Japón, como desarrollo capitalista guiado en Corea, Taiwán y otros países y como socialismo modernizador y capitalizante en China.

Todos estos caminos tienen sus propios precios a pagar, por ejemplo los conflictos de valores largos e intransigentes en la historia europea con efectos durables de solidez y rigidez cultural y social. La vía novomundista parece contener una identidad moderna insegura o ahistórica y una mezcla confusa de proyectos modernos y retrógrados. La vía colonial manifiesta fracturas profundas en todos los aspectos de su cultura, al lado de una riqueza extraordinaria de experiencias culturales diversas. Los tradicionalismos renovados tienen su herencia viva de jerarquías y de misoginia.

La modernidad es un fenómeno global, pero no uniforme, menos aún europeo o norteamericano. Necesita además una descoloniza-

ción, una liberación del *corset* de pensamiento europeo o nuevayorkino, necesita un entendimiento intercontinental como base intelectual para entrar al siglo XXI.

Las perspectivas actuales de los proyectos modernos

La historia real de la modernidad, con sus entrelazamientos complejos, sus peripecias, su dialéctica y sus caminos de experiencias diferentes, no corresponde a las visiones ni a las esperanzas de las grandes ideologías generosas. Ni tampoco a las pequeñeces hostiles de los críticos anti o posmodernos. No obstante, sería cobarde concluir con un "por un lado esto y por otro lado esto otro". Entre los polos de la esperanza emancipadora y la crítica de las promesas emancipadoras, ¿dónde se ha trazado actualmente la historia? ¿Más cerca de la primera o de la segunda?

Sumariamente daré una respuesta a las siguientes preguntas simples y cruciales: ¿ha habido o no, progreso y emancipación de la humanidad, de los pueblos, de los individuos, del trabajo, de las mujeres? Si la respuesta es sí, ¿están relacionados con esfuerzos humanos modernos? ¿Los desastres de la historia moderna derivan o no de los proyectos modernos de progreso y emancipación? ¿Los grandes proyectos modernos han perdido o no su razón de existencia? Si no es así, ¿hay otros planes en el umbral del nuevo siglo, tanto o más importantes?

Parte de la respuesta es formular las preguntas sin ninguna verbosidad filosófica o ideológica. Todos sabemos que la población humana ha crecido, que la mortalidad infantil ha disminuido y que la esperanza de vida se ha prolongado. Sabemos que hay más pueblos que se consideran libres en relación a hace 50, 100 ó 150 años. Sabemos que ahora más individuos pueden elegir su ocupación, su esposo/esposa, su lugar de residencia, sus ideas y sus dirigentes. Sabemos que la mayoría de los trabajadores contemporáneos tiene más derechos que sus padres. Sabemos que en todo el mundo las mujeres de hoy tienen más derechos y opciones que sus madres. Nadie podría racio-

nalmente negar que la ciencia, la producción y los movimientos modernos han jugado un papel importante y positivo en estos procesos de progreso y de emancipación, aunque las contribuciones de uno u otro son aún controversiales y difíciles de establecer.

En este sentido, el liberalismo, el racionalismo científico, el nacionalismo, el socialismo, el feminismo, las reformas y las revoluciones sociales no han sido utopías o mitos opresivos.

Respecto de las matanzas y las catástrofes modernas, éstas no son anónimas. Tienen sus culpables conocidos. Pero a las preguntas filosóficas de responsabilidad no hay respuestas empíricas y científicas.

La responsabilidad del capitalismo y de sus ideologías en la primera guerra mundial, por ejemplo, en la guerra de Vietnam, se establece o se rechaza como toma de posición moral y política. Lo mismo con la responsabilidad del socialismo frente al Gulag o del industrialismo frente al genocidio industrializado de Auschwitz. En todos esos casos hay una correlación histórica, pero no una lógica causal necesaria ni una coincidencia empírica. La modernidad no puede escapar a las contingencias crueles de la historia, pero tampoco se puede identificar el significado de la modernidad con ellas.

El definir la agenda forma parte intrínseca de los conflictos políticos. Entonces ¿podemos esperar un consenso sobre qué hacer? Sin embargo, fuera de las castas privilegiadas en las esperanzas y las frustraciones, en los esfuerzos y las luchas de los hombres y de las mujeres, se ve que los proyectos modernos no están terminados. Los discursos científicos ofrecen hoy menos promesas que en el tiempo de Comte.

Para quien quiera oír podemos indicar posibilidades concretas y un sentido del tamaño de los problemas. Podemos decir, por ejemplo, que en México una tasa de mortalidad china disminuiría la mortalidad de los niños mexicanos en una tercera parte.[19] Cerca de setenta millones en Latinoamérica y el Caribe viven en la pobreza absoluta. Para sacarlos de la miseria se ha estimado que no se necesita más que una redistribución del uno por ciento del consumo total en la región.[20]

[19] Cálculo de datos en el Banco Mundial, World Development Report 1990, New York, Oxford University Press, 1990, tablas 28 y 32.

Quedan aún la tareas de los grandes movimientos de progreso moderno. Además, al umbral de un nuevo siglo se presentan tres nuevas tareas, que indican una nueva época de la modernidad.

Los límites ambientales de la tierra presentan y presentarán la necesidad de restringir el progreso cuantitativo de la producción. Se puede prever la posibilidad, o por lo menos la necesidad, de la aparición en Estados Unidos de "héroes de retreta"[21] que retiran su país del callejón sin salida de la acumulación productiva-destructiva, así como Gorbachov y otros líderes de Europa oriental han retirado sus países de un proyecto leninista sin salida.

Las identidades nacionales no han desaparecido con la cultura mundial de masas, ni tampoco con el mercado mundial. Pero a pesar de esto formas políticas suplementarias al Estado nacional llegan a ser de una importancia creciente, ya sea como organizaciones de cooperación inter o supraestatal o como nuevas formas sociopolíticas para adaptarse a las nuevas corrientes de migración y de identificaciones culturales.

Tercero, las sociedades del siglo que viene tienen que aprender a manejar otras divisiones sociales que aquellas de clase, de credo, de territorio o de sexo: divisiones de generación, cuando los jóvenes y los jubilados tienen intereses, demandas y recursos frente a la población económicamente activa; divisiones sociales de estilo de vida elegido. Todas son expresiones legítimas del progreso de la modernidad, pero requieren nuevas formas de integración social y de reglamentación de conflictos.

Las energías creativas que requiere la nueva época moderna corresponden mejor a las experiencias novomundistas, de multinacionalidad, de complejidad social y de inestabilidad ideológica, que aquellas de la vía europea a través de la modernidad.

En conclusión, señoras y señores, de su imaginación y de su creatividad social depende mucho el futuro de la modernidad.

[20] Ibídem p. 29. El límite de pobreza es definida como 375 dólares (recalculados en equivalentes de poder de compra) per cápita al año y la estimación se refiere a 1985. La situación está probablemente peor en 1990, pero los resultados del cálculo no cambiaría mucho.

[21] En el sentido de Hans Magnus Enzensberger.

CLASE Y LA EMERGENCIA DE LA SOCIEDAD POST-INDUSTRIAL

Obertura: El riesgo de la responsabilidad histórica.

"Clase" es un concepto cargado con historia, con testimonio de amargura, enojo, hostilidad. Con historias de esperanza, expectación , solidaridad. De cualquier forma, es un concepto fuertemente cargado con hondas experiencias y profundas reflexiones de generaciones de hombres y mujeres. Como tal es que ingresan en el discurso del científico social contemporáneo. ¿Cuál es el significado de "clase", transmitido a nosotros por las experiencias y los esfuerzos de generaciones de hombres y mujeres? ¿Hasta qué grado "clase" posee un sentido en nuestros días? ¿Es probable que "clase" tenga algún significado en el futuro?

Los intentos para responder preguntas de esta índole es probable que coloquen al académico en medio de las controversias ideológicas y políticas. Para algunos colegas, las intervenciones en tales debates puede ser la principal *raison d'etre* de sus inversiones en la ciencia social. Para otros, esto puede aparecer como un desagradable, o al menos estéril, prospecto. En cualquier caso, las contribuciones de los eruditos a los asuntos de interés público son contribuciones al funcionamiento de la civilización, al punto que ellos son académicos, esto es, que expresan una suma de razón y de respeto por la evidencia empírica.

Abreviando, una postura responsable frente a la "clase" parece requerir que se asuma un cierto riesgo académico. El concepto es el producto de una época histórica, que ahora está empezando a desaparecer. La cuestión básica que surge entonces es si las realidades denotadas por el concepto —en el discurso histórico actualmente existente— desaparecerán con la sociedad que produjo el concepto en primer lugar. El carácter actual y controvertido del asunto reclama respuestas, que tienden a rebasar la competencia del académico individual.

Cuándo emergió la clase

El lector del término "clase" en la edición de 1824 de la **Enciclopedia Británica** era remitido casi de inmediato al "reino animal" y

a la "botánica". (Briggs 1983:3). No obstante, uno de los más influyentes panfletos de los comienzos de la Revolución Francesa, **¿Qué es el Tercer Estado?** de Sièyes, contiene un sofisticado análisis de clase que, a primera vista, parece asombrosamente contemporáneo para tópicos de interés actual. Sièyes argüía que la prosperidad de las naciones dependía de sus "actividades privadas" y "servicios públicos", y que las primeras eran cumplidas por cuatro clases diferentes. Ellas eran aquéllas "conectadas con el trabajo de la tierra"; aquéllas que actúan en la industria; en tercer lugar, "los negociantes y comerciantes", y por último: "Además de estas tres clases de ciudadanos útiles e industriosos que tratan con cosas ...un vasto número de actividades especiales y servicios directamente útiles o placenteros para la persona. Estas cuatro clases abarcan toda suerte de ocupaciones, desde la más distinguida profesión liberal o científica hasta las más bajas tareas domésticas" (traducción inglesa de Williams 1971:93). En una inspección un poco mas minuciosa, están presentes dos aspectos premodernos del perspicaz análisis de clase de Sièyes. Uno es que las clases son definidas en términos de diferenciación funciónal horizontal, y no en una perspectiva de estratificación , desigualdad, explotación o conflicto. Más bien, dado que quería evitar todas estas connotaciones mencionadas al final, y denotadas en el *ancien régime* por rangos y órdenes. Sièyes escogiò hablar acerca de la "clase", la cual entonces todavía tenía una (predominante) connotación de una categorización no-relacional, no-comparativa y, por cierto, no política. (*cf.* Sewell 1980:80-81). En segundo lugar, el actor de todas estas actividades, la totalidad de las cuatro "clases", era "el Tercer Estado" .

"Clase", en su sentido político y sociológico moderno, emergió como un concepto en y para sociedades de capitalismo industrial. Pero no fue ni una parte de la lucha por las revoluciones industrial y burguesa—o antiabsolutista, antiaristocrática—, ni tampoco un producto "natural" o inmediato de la sociedad burguesa industrial. Se desarrolló como un concepto reflexivo, reflexionando criticamente sobre las experiencias de las revoluciones burguesa e industrial (cf. Luhmann 1985: 129 y ss.) Las experiencias combinadas de revolu-

ciones económicas y políticas parecen haber sido cruciales para propalar y fijar el concepto. Quesnay y los fisiócratas comenzaron a mediados del siglo XVIII a usar la palabra "clase" en sus análisis de la economía, distinguiendo "la (clase) productiva", "la clase de los propietarios", y "la clase estéril". Este lenguaje, en que lo "productivo" es contrapuesto a lo "estéril", tenia un potencial político que sería utilizado, pero sólo mucho después, por Saint-Simon en Francia y por los "socialistas ricardianos" en Inglaterra. Por largo tiempo, la "clase" económica permaneció como concepto taxonómico, con casi la misma relevancia para los conflictos de interés y las luchas sociales, como las clases de la botánica de Linneo, un uso del concepto bien ilustrado por el folleto de Siéyes.

Clase irrumpió en Inglaterra por primera vez alrededor de 1830. Las "clase(s) media(s)" habían comenzado a emerger durante las guerras napoleónicas y por el tiempo de la controversia y la agitación en torno a la reforma parlamentaria, ésta o éstas fue/fueron una fuerza social ampliamente reconocida (Briggs 1983:12 y ss.). La clase trabajadora "se hizo por sí misma" como una clase autoconsciente en la década de 1830, incitada por la Reforma Parlamentaria de 1832, la cual demarcó claramente el "desafrancesamiento" de la clase trabajadora, y por la consiguiente legislación Whig (la nueva ley de pobres, la centralización de la policía, etcétera), que demostró las consecuencias de la exclusión política (*cf.* Stedman Jones 1983:174 y ss. Ver además el monumental trabajo de Thompson 1963: cap. 16).

La Reforma Británica ocurrió en el despertar de la Revolución de Julio en Francia, donde sucedió un desarrollo paralelo, simultáneo de la conciencia de clase. En el otoño de 1830, **El artesano**, periódico de la clase obrera, comenzó a aparecer, al mismo tiempo que otras dos publicaciones similares, Una generación de historiadores (Guizot sobre todo) había introducido ya en el período de la Restauración de la década de 1820 una perspectiva de clase en la reflexión histórica. Pero en la plática cotidiana de los trabajadores parece haber estado presente solo después de 1848, cuando "clase" se convirtió en un punto de referencia cargado positiva-

mente (Sewell 1980:283). Por sorprendente que parezca, en el discurso político francés y alemán, el movimiento laboral (*association, Arbeiterbewegung*) precedió a la clase trabajadora. Hacia 1848 los primeros se habían arraigado, mientras que (el término) clase trabajadora fue fijado en el lenguaje político solamente en el último tercio del siglo XIX (Sewell 1980:210 y ss: 283: Kocka 1983:132 y ss.). La revolución industrial y la francesa generaron nuestro moderno concepto de clase. La clase emergió como un medio de pensar las relaciones entre economía y política: entre función económica, la distribución de las recompensas económicas, la organización del poder y las fuerzas del cambio social.

El primer protagonista con autoconciencia de clase fue la clase media inglesa (encabezada por los intelectuales liberales), "la parte más sabia y virtuosa de la comunidad" (James Mill), "la gloria del nombre inglés" (Henry Brougham: ambas citas tomadas de Briggs 1983:13). El *pathos* del liberalismo inglés temprano hace tiempo se perdió, pero la clase media ha permanecido como un fenómeno central del mundo anglosajón, como una (auto) designación poco cargada pero frecuentemente usada. En los Estados Unidos la clase media se hace valer, discursivamente, después de la I Guerra Mundial, con la derrota del movimiento obrero (cf. Kocka 1977:30). En el continente europeo, no obstante, las *classes moyennes* o el *Mittelstand* se convirtieron a lo sumo en una fuerza secundaria, necesitada de la protección estatal (en Bélgica, Francia. Alemania. Holanda, por ejemplo). En los lenguajes escandinavos, la clase media ha sido más o menos borrada (*cf.* más ampliamente Therborn 1987:246 y ss.), a pesar de que el gran historiador sueco de principios del siglo XIX E.G. Geijer (1980:37) una vez denominó el surgimiento de la clase media como "el hecho principal de los tiempos recientes" (En los tiempos recientes actuales, la clase media a veces aparece, en el lenguaje de los periódicos del ala izquierda de la socialdemocracia sueca, como una categoría social indebidamente envuelta por el ala derecha de la socialdemocracia). La "burguesía" es asimismo un concepto de los académicos o una designación de los oponentes de la burguesía. Es dificilmente utilizado co-

mo una expresion de auto-identidad (cf Kocka: 1988). Lo mismo se sostiene para *petitbourgeois* o *Kleinburger*. Esto es, tal gente existe, pero justamente quien habla o escribe no es uno de ellos

Han sido los trabajadores asalariados, artesanos o industriales, quienes se convirtieron con mucho en los más importantes y duraderos referentes y portadores del concepto de clase. Ellos —y sus líderes o apoyos intelectuales— la han portado en su visión y en sus organizaciones del movimiento obrero, y en su perspectiva de otro tipo de sociedad, una sociedad socialista. Lo sobresaliente de la clase en el mundo del trabajo ha variado fuertemente a través del tiempo y del espacio, ni hablar de las variaciones en la interpretación de cuales son los intereses de la clase trabajadora, o qué es "el partido de la clase obrera" o "el movimiento obrero". No obstante, el movimiento laboral ha hecho de la clase un rasgo central de agregación de intereses y de su política. Después del siglo XIX es en gran parte debido a la acción colectiva y a la exigencia de organización para expresar y representar la clase de los trabajadores que la clase ha devenido y permanecido como un elemento prominente del discurso político y científico social.

Las organizaciones sindicales de carácter nacional, interocupacional y transindustriales existen en todas las sociedades industriales democráticas. Uno de los partidos políticos mayores que reclama una representación especial de los trabajadores, existe en todas las democracias industriales desarrolladas, salvo en los EEUU. Excepto en Canadá, Islandia, Irlanda tal partido es, o bien el más grande o el segundo en tamaño del país. Mientras que la antigua materia de discordia ciertamente no ha desaparecido sobre etnicidad, religión, centro-periferia: por ejemplo las políticas de la sociedad industrial han sido en sumo grado típicas políticas de clase, polarizadas entre la más o menos explícita política clasista del trabajo y la más o menos implícita del capital

Al menos desde el punto de vista del trabajo, esta política clasista industrial alcanzó su pico histórico alrededor de los años de 1980, un poco más temprano en algunos países, justo un poco después en algunos otros. Este fue el período en que la arremetida del

trabajo llegó más lejos en los países de capitalismo avanzado, en términos de niveles de sindicalización, proporciones del voto, poder parlamentario y uso de la palabra en lugares de trabajo. También fue, en varios países, un período de retos socialistas radicales a la organización capitalista de la economía; desde el punto de vista parlamentario se dio la más concreta existencia de las propuestas de los "fondos salariales" de los socialdemócratas suecos a fines de la década de 1970 y el programa electoral de la izquierda francesa unida en 1978. Entrada la década de 1970 ocurrieron los conflictos industriales más amplios en la historia del capitalismo industrial (medidos por el involucramiento cada mil trabajadores, para los períodos del siglo XX). (Para datos y referencias, ver Therborn 1984a). Intelectualmente hablando, la década de 1970 asistió a un brote sin precedente de literatura sociológica sobre análisis de clase y de diseño empírico de mapas de clase para un amplio número de países (para datos y resumen, véase Therborn 1986).

Si alguna vez hubo una edad dorada de las políticas de la clase obrera industrial, eso fue ayer. Pero ¿qué significó todo eso en una perspectiva de tiempo más larga? ¿Una fortuita concatenación de hechos, una aberración temporal de una tendencia (de, digamos, incorporación social), la cima de un ala izquierda de un ciclo derecha-izquierda, el punto hasta aquí cumbre de una tendencia en continuo ascenso del creciente poder de la clase obrera (y asalariada), la culminación y ruptura de una tendencia de crecimiento de la clase obrera y la estructuración política por la clase industrial?

En la literatura reciente, tanto de la ciencia social como de la política, ilustraciones de cada una de estas alternativas pueden ser encontradas en oferta, y otras también. Sin entrar en debate sobre este asunto, este artículo partirá desde la conclusión según la cual la mencionada en último término parece ser la más adecuada interpretación, y explorará algunas implicaciones de eso. Existe una considerable evidencia para asumir que hay una tendencia evolutiva ascendente, en el largo plazo, de la organización de la clase obrera y su influencia sociopolítica (Korpi 1983:cap. 3, Therborn:1984a). Esa evidencia, macroscópica y extensiva, no es in-

compatible con ciertas interpretaciones de derrota y declinación — hasta donde estas últimas se refieren, por ejemplo, a la distinción de la cultura de la clase obrera o la intensidad de ciertas creencias y valores entre aquéllos que los sostienen (cf. Hobsbawn et. al.: 1981; Ebbinghausen y Tiemann 1984; Therborn 1984b).

De cualquier modo, existen buenas razones para suponer una reciente o inminente ruptura en esa tendencia ascendente de la política de clase, debido al acontecimiento de la ruptura de la tendencia epocal en la historia socioeconómica, la des-industrialización de los países de capitalismo avanzado.

Un giro histórico: des-industrialización

En el mundo del capitalismo avanzado, que en un sentido amplio puede ser definido como el area de la OCDE, el empleo industrial (minería, manufacturas, construcción, servicios públicos) logró su peso relativo más grande de la historia en 1969. Entonces éste comprendía 37.0 por ciento del empleo civil (OCDE 1987a:36, 1989:40-41; para una comprobación histórica retrospectiva, ver Bairoch 1968). Hacia fines de 1987, las acciones industriales habían bajado a 30.1 por ciento. En términos absolutos, el empleo industrial de la OCDE alcanzó su máximo registro en 1973-74, con 110 millones.

La división de la economía en tres sectores no fue desarrollada con el propósito de hacer un análisis de clase y por eso constituye a lo sumo un sustituto de las relaciones de clase. De cualquier forma, como quiera que sea, esto tiene la ventaja de proveer fácilmente series estadísticas accesibles para largos períodos y una amplia posibilidad de comparar entre naciones. De hecho, el tamaño de la sociedad industrial se correlaciona un poco mejor con el desarrollo de las políticas de clase en la década de 1970, que con la proporción de trabajadores manuales entre la población adulta. Esto último parece haber culminado en el período del cambio de siglo hasta mediados de la década de 1920 en Alemania, Francia y Bélgica, y

en los países nórdicos justo después de la IIa. Guerra Mundial, cerca de un tercio del total (Przeworski y Sprague 1986:35).

Detrás de los promedios internacionales, hay por lo menos dos tipos de trayectorias históricas. Una es la bien conocida secuencia de la relativa dominancia sectorial del empleo: agrícola, industrial, de servicios. Este era el modelo europeo, transitado primero por Inglaterra, que tenía una estructura de empleo predominantemente industrial hacia 1821, seguido por Bélgica y Suiza en la década de 1890, y Alemania, en el censo de 1907. Retrasados, por ejemplo, venían Suecia (hacia 1940) e Italia (hacia 1961). La dominancia industrial relativa nunca fue abrumadora, aunque el empleo industrial constituyera usualmente 40-50 por ciento del total, sólo en raras ocasiones sobrepasó la última cifra (en Gran Bretaña en 1901 y en 1911, en Suiza en 1960). En Francia un breve período de preponderancia industrial, alcanzado en 1954, nunca llevó al empleo industrial muy por encima del cuarenta por ciento (Bairoch 1968: tablas nacionales; Hunt 1981:26; OCDE 1987a:36 proporciona una cifra algo menor para Suiza en 1960 que Bairoch 1968:116). Si el empleo en transporte, almacenaje, y comunicación es considerado como un tipo de empleo industrial, el empleo industrial alcanzaría alrededor del sesenta por ciento del total en Inglaterra en 1910-1920, y 53-55 por ciento en Inglaterra, Alemania, Suiza y Bélgica en 1965; en Suecia significó, para ese entonces, la mitad de todo el empleo (OCDE 1.987b: tablas nacionales).

El modelo clásico de desarrollo arriba mencionado es europeo. No fue seguido en el Nuevo Mundo, ni en Japón. No lo siguen en el Tercer Mundo.

El segundo modelo marcha desde una economía agraria a una dominada por los servicios. Fue bosquejado cerca del cambio de siglo en Holanda, Australia y Nueva Zelanda, y alcanzó una importancia histórica mayor, aunque poco advertida, cuando EE.UU. tomó esta ruta en la década de 1920. Hacia 1900, la agricultura era todavía el sector americano de empleo más vasto; en 1910 los tres sectores tenían un tercio cada uno. Diez años más tarde, los servicios llevaban estrecha delantera sobre la industria, 36-37 por ciento

contra 35-36 por ciento (estimando el tamaño de los servicios públicos de electricidad y provisión de agua). Hacia 1930 una nueva estructura de empleo estaba firmemente establecida, con alrededor del 43 por ciento de la población económicamente activa en el sector servicios y *circa* 32 por ciento en la industria. Japon saltó de una economía relativamente agraria a una dominada por los servicios entre 1955 y 1960 (Bairoch 1968:52-3 y 73, respectivamente).

Si transporte, almacenamiento y comunicación son incluidos en la sociedad industrial, EE.UU. tuvo una racha de predominancia industrial relativa, registrada en los censos de 1910-1930, cuando la industria junto con transporte comprendía 40-45 por ciento del empleo total. Japón nunca pasó por esa etapa.

Una des-industrialización relativa parece tener una gran significación histórica, principalmente por dos razones. En primer lugar, constituye un punto de cambio en un largo desarrollo histórico que inició Inglaterra en el siglo XVIII. En segundo término, la nueva tendencia ha tomado una forma drástica, comparada con la larga estabilidad industrial de los países más desarrollados. Desde 1940 a 1964, el empleo industrial estadunidense subió de 32.7 por ciento de empleo civil a 35.4 por ciento. La industria accionaria de Alemania Occidental de empleo civil creció entre 1950 y 1961 únicamente 6.5 puntos de porcentaje. En Gran Bretaña la proporción industrial de empleo total permaneció estable entre 1921 y 1961, de 47.5 por ciento en 1921 y 47.4 en 1961 (Bairoch 1968). Para el área de la OCDE considerada globalmente, el panorama básico del mercado de trabajo industrial es de estabilidad entre 1960 (cuando las series estadísticas de la OCDE comienzan) y 1974. Aunque un pico puede ser identificado en 1969, las variaciones anuales para el período completo permanecen dentro de los límites de 36.0 y 37.0 (OCDE 1987a, 1987b). Lo que sucedió entonces está resumido en la tabla 1.

En relación con las condiciones previas, esto es, en la mayoría de los casos, cambian radicalmente. La desindustrialización ha sido más dramatica en los primeros países industriales de Europa, en Gran Bretaña y en Bélgica-Luxemburgo, y en su conjunto, el mode-

lo europeo ha llegado a ser muy similar al americano. Bélgica, Gran Bretaña y Suecia ahora tienen menos del 30 por ciento de empleo industrial, sólo marginalmente mayor que en EE.UU. Europa centro-occidental (Alemania, Suiza, Austria) permanece relativamente industrializada (35-40 por ciento de empleo civil), pero la diferencia con el Nuevo Mundo ha disminuido considerablemente.

TABLA 1
Des-industrialización relativa en el área de la OCDE
1974-1987

Cambio en la acción industiral de empleo civil. Unidades de porcentaje			
Canadá	-5,2	Islandia	-6,0
EEUU	-5,4	Irlanda	-4,8
Japón	-3,2	Italia	-6,7
Australia	-8,5	Luxemburgo	-13,3
Nueva Zelandia*	-3,8	Holanda	-8,8
Austria	-6,7	Noruega	-7,2
Bélgica	-11,8	Portugal	+2,0
Dinamarca	-4,1	España	-4,9
Finlandia	-4,8	Suecia	-7,2
Francia	-8,6	Suiza	-6,9
Alemania	-6,2	Turquía	+3,2
Grecia	+0,2	Reino Unido	-12,4

* 1974-1985
Fuente: OCDE 1989: 40-41

El último bastión del industrialismo

Con el propósito de obtener un panorama acabado de la historia de la sociedad industrial, deberíamos observar alrededor para visualizar dónde se encuentra el último flujo de empleo industrial. Entonces esto es así: que Europa del Este ahora constituye con mucho la más industrializada parte del mundo. La industrialización fue una de las metas económicas mayores de las revoluciones comunistas, y en ese respecto al menos ellas pueden decir que tuvieron éxito. El otro lado de la moneda es un sector de servicios muy

pequeño en comparación con países capitalistas relativamente subdesarrollados, tanto como con los desarrollados. Existe también, por supuesto, una ironía histórico-social en los actuales levantamientos políticos. Cuando los regímenes habían creado su tan proyectada amplia base social de trabajadores industriales, esos mismos regímenes estaban quebrados o en descomposición.

TABLA 2
Empleo industrial y de servicio en Europa del Este

Tasas de porcentaje sobre empleo total en 1985.

	Industria	Servicios (excluidos transporte, almacenaje y comercio)	
Bulgaria	46,6	30,2	
Checoslovaquia	45,7	33,7	
Rep. Dem. Alemana (1)	48,0	40,0	(2)
Hungría(3)	38,3	32,5	
Polonia	36,9	24,8	
Rumania (4)	44,5	18,3	
URSS	39,0	41,0	(2)
Yugoslavia (5)	32,9	30,0	
Para comparar			
Alemania Occidental (4)	41,0	47,4	
España (4)	32,3	44,6	
Suecia	29,8	58,3	
Chile	20,2	53,8	
Corea del Sur (4)	30,8	39,6	

Notas: (1) 1988; (2) Incluye transporte, etc.; (3) 1987; (4) Empleo civil solamente y (5) 1981. Cifras de las fuentes recalculadas con empleo en lugar de fuerza de trabajo como denominador.
Fuentes: Bulgaria, Hungría y Yugoslavia: ILO (1988: tabla 1), República Democrática Alemana, **The economist** 24-11-1989 p. 70; URSS: Banco Mundial (1987: tabla 12); otros países: ONU (1988: tabla 20)

Debería recordarse que la República Federal de Alemania es actualmente, con mucho, el más industrial de todos los países capitalistas desarrollados—y es incluido arriba por esta razón—, y esos servicios, en la mayoría de los casos, también incluyen las fuerzas militares y de seguridad. Suecia es más representativa de una so-

ciedad post-industrial europea, ajena a la trayectoria agrario-industrial-postindustrial. España, Corea y Chile ejemplifican diferentes grados y formas del curso histórico, que nunca condujo a alguna estructura de empleo dominada industrialmente.

Transporte, almacenaje y comunicaciones han sido excluidas arriba de los servicios por razones de clase. El grueso de la gente de aquel subsector trabaja en transporte de caminos, trenes y servicios postales. Por la historia laboral sabemos que estos trabajadores y otros tales como marinos, portuarios y almaceneros a menudo tienen relaciones de trabajo con la industria y la construcción, centradas alrededor del manejo de cosas más que de clientes y relaciones personales o de información *per se*. Para mostrar la especificidad de los servicios del postindustrialismo, parecería mejor excluir la categoría de transporte, etcétera.

Implicaciones y variantes de postindustrialismo

Las implicaciones de la des-industrialización y del postindustrialismo más importante para las cuestiones de clase y para las relaciones sociales en general, comprenden varios aspectos de la heterogeneización de la fuerza de trabajo. La ciudad o área industrial resumen, de manera muy vívida, la visión marxista del desarrollo capitalista. Esto es, una sociedad en todos los aspectos polarizada entre, por un lado, un puñado de propietarios capitalistas y un pequeño equipo de lugartenientes, suboficiales, y trabajadores de apoyo, y, por otro lado, una vasta mayoría de trabajadores industriales, no una masa uniforme pero, no obstante, una mayoria claramente demarcada en términos de condiciones similares y culturas comunes de trabajo, vivienda, tiempo libre y relaciones familiares. Después que la deferencia al poder del capital (y a veces, al paternalismo) ha sido derrotada, más temprano o más tarde, tales áreas se convierten en fortalezas del movimiento laboral. Las comunidades mineras británicas y las ciudades industriales del norte de Inglaterra, Gales y Escocia, el cinturón industrial alrededor de París,

Sajonia, y posteriormente el Piuhr, en Alemania, las ciudades norteamericanas del medio oeste como Detroit, las dispersas localidades industriales suecas, son ejemplos bien conocidos. Ahora bien, la nación no industrial nunca llegó a lucir totalmente como una ciudad industrial, pero hubo ciertamente un crecimiento del empleo industrial y de la producción industrial en masa, tendencias que recientemente han sido rotas. Ya en el desarrollo de la industria había una tendencia a la diferenciación , expresada en una acción incrementada del trabajo de *cuello blanco*. En Suecia, por ejemplo, había en 1930, 11 empleados por cada cien trabajadores en la industria; en 1965, en la cumbre de la sociedad industrial, habia 33; en 1985 la cifra correspondiente era 43 (Therborn 1981:61 y cálculos a partir de SCB 1988:100). Desde la década de 1970 ha habido también un giro internacional desde la producción en masa a la especialización flexible, con sus renovadas recompensas a la escala más pequeña y al artesanado (Piore y Sabel 1984). El mismo término, sociedad post-industrial, expresa la subdeterminación del nuevo modelo emergente de relaciones socioeconómicas. Este modelo es definido por la negatividad "pos", no en sus propios términos positivos. Existen por los menos dos aproximaciones mayores y una menor (en términos de atención pública, no necesariamente de poder analítico) al post-industrialismo: una sociofilosófica, que enfatiza el rol acrecentado del conocimiento (Bell 1973; Touraine 1971; Gouldner 1979); una socioeconómica, que se concentra en el significado de los sevicios (Gershuny 1978; Gershuny y Miles 1983; Elfring 1988,1989); y, por último, una que destaca y diferencia las estructuras y la segmentación del mercado de trabajo (Stinchcombe 1986: caps. 6, 10; cf. también Perkin, 1989).

Observar más estrechamente las nuevas actividades de servicio parece ser la entrada más prometedora a la confusión del postindustrialismo. La noción de "servicios" ha sido desmontada, y entonces los componentes de eso tienen que ser diseccionados empíricamente. Elfring nos ha provisto un buen punto de partida, distinguiendo servicios productores (léase, negocios), distributivos, personales y sociales.

El mayor diferenciador es el servicio social, en empleo relativo y en crecimiento de empleo, aunque ha crecido por todas partes, desde 4.5 por ciento hasta 19.0 puntos de porcentaje. Desarrollos divergentes pueden ser encontrados en servicios personales: en expansión en cuatro países, contrayéndose en tres. Distribución es el subsector más estable, pero la escasa declinación contrasta con el crecimiento vigoroso en Japón. Servicios de negocios se han expandido por doquier, pero con diferente velocidad.

TABLA 3
Estructura del empleo de servicio como porcentaje del empleo total 1960-1985.

	Francia	*Alemania*	*Japón*	*Reino Unido*	*EEUU*	*Holanda*	*Suecia*
			1960				
Servicios de negocio	3,5	3,4	3,3	4,4	6,4	4,2	3,5
Distribución	16,8	17,5	18,5	20,6	22,2	20,4	19,4
Servicios personales	7,9	7,4	7,5	8,0	11,3	8,5	8,4
Servicios personales	16,0	10,3	8,2	15,8	21,2	14,7	16,3
			1985				
Servicios de negocio	8,5	7,2	9,6	9,5	12,6	10,5	6,4
Distribución	20,0	18,0	24,8	21,3	21,4	21,1	19,1
Servicios personales	7,7	7,8	9,9	9,9	12,4	8,3	6,1
Servicios sociales	25,7	21,3	12,7	24,6	25,8	27,6	35,3

Fuente: T. Elfring (1988: 415)

La heterogeneización ocupacional, entonces, está relacionada primero que nada con el Estado de bienestar, con el desarrollo de servicios sociales especializados, de salud y de asistencia social, de enseñanza y terapia, de consejo y apoyo. Entre los servicios sociales, educación y "servicios sociales variados" son los menos variables en diferentes naciones, aunque Japón resalta como un pequeño empleador en educación , junto con Alemania, y Suecia es un empleador muy alto de gente en servicios sociales surtidos. Más variación puede ser hallada en el "gobierno mismo" y en los servicios de salud (Elfring 1989:429). El trabajo de *asistencia:* asistencia pa-

ra la salud, asistencia para personas mayores, cuidado diario para niños y, asistencia social general se ha convertido en una parte mayor del trabajo post-industrial. En Suecia, su proporción del empleo total ascendió de 6.0 por ciento en 1960 a 13.5 por ciento en 1985 (cálculos desde el SCB 1979: tabla 2.9.1.; y 1989: tabla 3).

En segundo lugar, el crecimiento del sector servicios y de una nueva heterogeneidad ocupacional, es debido también a la diferenciación externa desde la corporación industrial, en consultoría, asesorías legales, operaciones financieras, seguros y administración de bienes raíces. La principal diferencia en servicios personales deriva del tamaño variable del subsector de hoteles, bares y restaurantes, oscilando en el empleo total (1985) entre 2.0 por ciento en Suecia y 6.8 por ciento en EE.UU. (Elfring 1989:426). Finalmente, sobresale la especificidad de Japón, con un muy enorme y singularmente desarrollado sector de distribución y un muy pequeño sector social.

La idea de que el conocimiento sistemático y formalizado ha reemplazado en importancia mercados y capital, dificilmente puede llegar a ser verdadera. La mirada más superficial a las mayores universidades y a las mayores corporaciones será suficiente para decidir que el poder y la riqueza se acumulan en las últimas más bien que en las primeras, aunque un complejo universitario-industrial a veces ha sido localizado, tal como el de Boston, Mass., o el de Cambridge, área de Inglaterra. Las tendencias recientes del desarrollo económico están más bien reforzando los papeles del mercado y del capital.

La especificidad de la organización corporativa grande —de la jerarquía versus mercado, en la terminología de Oliver Williamson (1975)— se está desvaneciendo crecientemente, tanto con respecto a los contratantes internos como con los sub-contratantes externos. La diferenciación de los servicios de negocio, mencionada más arriba, forma parte de este proceso, que también involucra una reestructuración mayor de la producción industrial (cf. Piore y Sabel 1984). Los mercados, además, son fortalecidos por el crecimiento continuo del comercio exterior en relación con el Producto Interno Bruto, sólo interrumpido brevemente en los dos reflujos de la crisis

de 1974-1985 (OCDE 1987a:67-8, 1989b), por la desregulación y la internacionalización de los mercados financieros, y por un mayor cambio institucional, tal como el Acta Unica Europea de 1985, con la perspectiva de crear en 1992 un mercado único de la Comunidad Europea, también con respecto a servicios y cartas credenciales.

La propiedad de los medios de producción de nuevo está en la atención. Principalmente, —y no solamente— en dos sentidos. Primero, la propiedad ha devenido un terreno mayor de creación de nueva riqueza y poder, manifestado en un flujo de comercio en los derechos de propiedad, en su totalidad y en partes, de las corporaciones y de los bienes raíces. La mayoría de lo que se dice sobre la importancia renovada de la propiedad aquí ha sido el crecimiento, particularmente aunque no exclusivamente en EE.UU., de los "hostiles intentos de toma de poder" [takeover, en el original], esto es, las disputas de la propiedad contra la administración ejecutiva en cargo. Segundo, los desarrollos tecnológicos y políticos han hecho de la privatización de los servicios públicos un asunto político de primera plana, y provocaron una ruptura de la tendencia histórica, de una anterior tendencia de largo plazo, a la socialización de la infraestructura económica (cf. Therborn 1989b).

Por otra parte, el trabajo que requiere una alta suma de educación formal, ciertamente, ha crecido en importancia. En Suecia, hacia 1960 había alrededor de 13.4 por ciento de la fuerza de trabajo empleada en ocupaciones técnicas, científicas, pedagógicas, culturales, médicas y sociales (títulos ocupacionales 0-2), excluidos los asistentes prácticos. En 1985 había *circa* 27.4 por ciento (cálculos a partir de SCB 1979:131 y ss., y 1989:35 y ss.). Otra manera de plantearlo es ésta. De acuerdo con el censo sueco de 1985, alrededor de un cuarto (24.5 por ciento) de la fuerza de trabajo dependía significativamente de la educación superior (más de doce años) para su empleo (como empleados de nivel medio y superior y como auto-empleados profesionales) (SCB 1989:31). Además, mirando desde otro ángulo podemos decir que un prospecto de carrera es inherente en por lo menos algo así como entre 20 y 25 por ciento de

los trabajos en un país como Suecia. (Esta no es una estructura dada del mercado de trabajo, aunque, pero es hasta cierto punto susceptible de ser afectada por las demandas sindicales y el poder, y los sindicatos suecos, de cuello azul y blanco, están crecientemente comprometidos a abrir opciones de carrera para sus miembros). A mediados de los sesenta, Arthur Stinchcombe (1986:215) ubicaba "alrededor de un cuarto de la fuerza laboral civil en EE.UU." en una situación de mercado de trabajo burocrático (y profesional). La idea, según la cual una sociedad de carrera profesional ha rebasado a la de clase (Perkin 1989), no suena muy convincente.

TABLA 4
Auto-empleo en la OCDE. Primera mitad de los 80.

	Autoempleo de empleo no agrícola %	*Parte de autoempleo no agrícola en servicios %*
Australia	12,4	71,2
Austria	7,2	69,7
Bélgica	12,3	78,6
Canadá	7,4	83,8
Dinamarca	8,4	70,2
Finlandia	6,9	74,5
Francia	9,1	71,6
Alemania	8,2	71,2
Grecia	27,3	64,9
Irlanda	11,4	69,8
Italia	20,6	69,5
Japón	13,0	64,2
Holanda	4,9	83,6
Nueva Zelanda	8,4	67,6
Noruega	6,3	66,5
Portugal	11,6	65,4
España	17,9	70,8
Suecia	4,6	70,8
Suiza	7,5	66,6
Turquía	20,8	71,3
Gran Bretaña	9,6	76,7
EEUU	7,6	79,1

Fuente: OCDE (1986: 44, 49)

El argumento de que la ocupación de nuevo está superando a la clase, después de haber sido eclipsada por la clase en la era de la producción industrial en masa, y del sindicalismo industrial, no de-

ja de ser plausible, pero no ha sido, hasta ahora, corroborado sin ambigüedad y persuasivamente (cf. Hemes, de próxima aparición). De todos modos, hay una clara evidencia, que el sector servicios ofrece más oportunidades de auto-empleo y puestos de trabajo más pequeños que la manufactura. En relación con eso, está implicada la heterogeneidad social de los servicios inducidos.

Aún entre los países más desarrollados hay diferencias significativas en la importancia del auto-empleo. Italia, Japón, Australia, y Bélgica constituyen un polo; Suecia y Holanda el otro. En todas partes, el auto-empleo no agrario es primariamente un fenómeno de servicios, pero esta tendencia es más pronunciada en Canadá, Holanda, EE.UU., Bélgica, y GB. Japón, junto con Austria, Alemania y Suiza, tiene más de una quinta parte del auto-empleo activo en la manufactura, mientras que GB tiene sólo 2.2 por ciento y EE.UU. 4.7 por ciento. Más de un quinto del autoempleo se localiza en la construcción en Australia, Nueva Zelanda, Noruega y Gran Bretaña.

El empleo de servicios tiende a ser más en pequeña escala, pero la importancia de los servicios, ya sean principalmente públicos o privados, está subrayada por las cifras de Suecia, que incluyen únicamente el sector público, y una cantidad extraordinariamente enorme en él.

Escasa atención se ha prestado en la literatura post-industrial a uno de los aspectos más llamativos del empleo post-industrial, esto es, su carácter en relación al género sexual.

La economía post-industrial es ampliamente una economía de mujeres. La abrumadora mayoría de las mujeres económicamente activas, en la mayoría de los países desarrollados cuyos datos disponemos, están en el sector de servicios. En los modelos de empleo en servicios de Centro y Norte Europa y en Norte América, las mujeres dominan claramente. (Si el sector transporte pudiera haber sido separado, la pertenencia de Suiza a los modelos de empleo de Europa Central también hubiese sido visible). Sólo en América del Norte, hay una mayoría de mujeres empleadas en los servicios. La persistencia de las diferencias nacionales, bajo nuevas

TABLA 5
Distribución del autoempleo por tamaño de emrpesa. Porcentaje de empleo sectorial en los comienzos de los 80.

	1-19		500 +	
	Servicios	*Manufactureras*	*Servicios*	*Manufactureras*
Austria	35,9	17,4	31,3	38,2
Bélgica	33,8	12,1	24,2	41,3
Francia	30,9	8,7	29,1	49,4
Japón	40,4 (1)	27,8 (1)	26,2	33,3
Holanda	28,4	13,0	50,0 (2)	65,4 (2)
Suecia (3)	16,4	10,2	62,2	54,1
EEUU	33,2	4,9	30,3	71,0

Notas: (1) 1-29 empleados (2) + 100 empleados, (3) inclueye servicios públicos que están excluídos en los datos de otros países.
Fuente: OCDE (1985: 65)

TABLA 6
Empleo de servicio entre hombres y mujeres en 1985 Porcentaje de empleo por género, y proporción del género en el empleo del sector. Transporte y comunicación excluido.

	Hombres	*Mujeres*	*Mujeres empleadas en servicio*
Canadá	50,1	79,5	53,9
EEUU	51,2	78,4	54,7
Japón	44,4	58,6	46,5
Australia	46,9	77,2	50,7
Bélgica	46,2	80,1	51,8
Finlandia	31,8	66,7	66,2
Francia (1)	42,9	74,0	56,3
Alemania	37,0	63,6	52,3
Grecia	34,3	43,5	40,2
Italia	43,5	62,5	41,8
Noruega	40,4	77,2	59,3
España	35,7	66,0	43,6
Suecia	40,1	78,7	63,5
Suiza (2)	45,6	73,4	48,7
Turquía (1, 3)	45,8	48,1	16,0
Gran Bretaña	45,4	78,2	55,6

Notas: (1) trabajadores y empleados solamente, (2) incluye transporte y comunicación, (3) 1980.
Fuente: OCDE (1987: tablas nacionales)

formas, también forma parte del panorama actual. Las tres economías líderes, EE.UU., Japón y Alemania, exhiben cada una un modelo distinto del sector de los géneros (masculino/femenino). Las más amplias diferencias entre los modelos de empleo masculino y femenino, y la más fuerte dominación femenina del empleo en servicios, la encontramos en los países nórdicos. Particularmente en Suecia. Una igualdad socioeconómica relativamente mayor entre hombres y mujeres en estos países ha sido lograda, paradójicamente, a través de una mayor segregación ocupacional (y temporal, esto es, tiempo parcial) (ver además OCDE: 1988 cap. 5).

En conclusión, el mercado de trabajo post-industrial está trayendo las relaciones entre los géneros a la vanguardia, después de su largamente sumergida existencia en las relaciones familiares en la sociedad agraria y, la mayoría del tiempo en la industrial.

TABLA 7
Variantes de empleo postindustrial.
Patrones de crecimiento de servicio en las décadas de 1960-1980

Sector de crecimiento	*Índice de crecimiento*		
	Bajo	*Medio*	*Alto*
Privado	GB Francia		EEUU Japón
Mixto	Alemania Bélgica	Holanda Italia Noruega	
Público		Dinamarca Finlandia Suecia	

Fuente: OCDE (1984:42, 47; 1989: tablas nacionales): Elfring (1989)

Las sociedades industriales siempre aparecen muy diferentes, a pesar de algunas teorías en sentido contrario, y las sociedades postindustriales tampoco están convergiendo. Hay al menos dos dimensiones del desarrollo postindustrial. Una es el índice de creci-

miento del empleo en servicio por sobre los registrados en los pasados 25-30 años. La otra es si se trata primariamente de que han crecido los servicios públicos o los privados. Los datos no están disponibles para un panorama completo de la OCDE, pero las variables principales y algunos de sus indicadores están claros.

Con algunas confusiones debatibles, parece haber tres registros mayores en el mercado de trabajo postindustrial. Uno es el camino de crecimiento privado de Norteamérica-Cuenca del Pacífico. Otro es el empleo privado estancado, característico de los países de la Comunidad Europea. Tercero, hay una ruta nórdica de crecimiento del sector público. En Dinamarca, Finlandia y Suecia los servicios públicos dieron la razón para el crecimiento del empleo de servicio 1970-1981. En la segunda mitad de los setenta, el empleo del sector privado incluso declinó en tamaño en Dinamarca y Finlandia (OCDE 1984:47). La historia social pasada y la actual opción política han colaborado en ahondar los diferentes caminos. Las implicaciones sociales y políticas de los tres diferentes caminos mayores están fluctuando.

El crecimiento privado significa más competición de mercado, lugares de trabajo más pequeños, más dependencia del empleado respecto del empleador, dificultades crecientes de organización del interés de los empleados. El crecimiento público significa menos competición de mercado, pero más competición sectorial con el sector privado, lugares de trabajo más amplios, mayor autonomía del empleado, organización más fácil del interés de los empleados, aunque no necesariamente organización del interés de clase. El crecimiento lento implica desempleo en masa, agudizadas divisiones interior-exterior, y debilitamiento de la posición sindical para negociar; el equilibrio de empleo privado y público tendrá efectos que combinan elementos de los otros dos caminos.

La distribución en un país, a través de los modelos de postindustrialismo, también es importante. Los dos modelos de mayor éxito, aquel de crecimiento privado y el de crecimiento público, ocupan un lugar que significa una continuación de las diferencias de la sociedad industrial trasnacional. EE.UU. y Japón han estado menos caracteri-

zados por la acción y la organización de clase industrial, y su vía al postindustrialismo es una de las menos conducentes a la amplia acción y organización colectiva, basada en razones económicas. En contraste, la senda de crecimiento público postindustrial que encontramos en los países nórdicos, la más modelada clasistamente de las sociedades industriales, es la senda al futuro más favorable para la continuación de las relaciones y políticas sociales clasistas.

En pocas palabras, el postindustrialismo no es un tipo de sociedad, sino una serie de tipos sociales. Las implicaciones sociopolíticas de la nueva serie de estructuras económicas son ambiguas, más bien que rectas. Por lo tanto, la cuestión del futuro de la clase tendrá que relacionar los cambios estructurales con el significado de la clase en los modelos del discurso y la organización.

Significado de clase... y su posible pérdida

Hablando analíticamente, clase, en el sentido post-Linneo, tiene tres significados principales. En primer lugar, es una forma de describir, ya sea la división del trabajo en una población o bien la distribución de algunos valores en ella, sean ellos valores positivos tales como las oportunidades de posesiones y vida, o negativas. tales como los riesgos. En segundo lugar, la clasificación de los individuos es usada para explicar diferentes probabilidades de acción individual, tales como acceder a educación superior, casarse con alguien que posee cierto prestigio social, o votar por un tipo particular de partido; y las probabilidades de los logros individuales, con respecto a las ventajas y riesgos no definicionales, por ejemplo, ingreso, vivienda, condiciones de trabajo, poder político y enfermedad o muerte prematura. En tercer lugar, clase es utilizada para explicar o predecir acciones colectivas para un número significativo (no necesariamente todos) de los miembros de una clase dada, sus casos, su conciencia racional, su forma, su fuerza, su dirección. La acción colectiva en este sentido incluye al mismo tiempo una red de acciones paralelas de casi cualquier variedad, y la instauración y mantenimiento de una organización.

Los tres significados operan bajo precondiciones diferentes, en diferentes tipos de discurso y, por lo tanto, son afectadas diferentemente por el cambio social actual.

Una descripción de una sociedad en términos de clase supone o afirma que un mapa de clase tiene sentido para un público determinado, y que es posible diferenciar condiciones sociales en términos de clase. Los mapas de clase de la división del trabajo, diseñados por una serie de cartógrafos de clase marxistas, en un cierto número de países en los setenta (cf. más adelante Therborn 1986) suponían que la clase concernía a la gente sobre la cual ellos escribían y hablaban. Su contribución fue presentar una pintura empírica del tamaño, la composición y, posiblemente, el desarrollo reciente en aquellos aspectos de las clases. La definición de las clases fue un objeto de controversia,—duramente—mas no asi su significado. Este último fue afirmado sobre una suposición de acción colectiva de clase, si no presente entonces, en todo caso si en el futuro. Un panorama de la distribución clasista de los niveles de vida y riesgos, requiere de una distribución desigual, y que, al menos algo de esta desigualdad, pueda ser dibujado a lo largo de líneas de clases definidas un tanto ampliamente. Esta es una condición muy débil, a causa de la lejanía de un carácter enteramente igualitario en todas las sociedades contemporáneas.

La sociedad de clases como un término descriptivo, depende, entonces, para su viabilidad de dos condiciones, o una suposición de una acción colectiva de clase, al menos potencial, o bien una norma de igualdad con la suposición de que la desigualdad de clase es de importancia primaria. Ninguna condición es muy dependiente de las condiciones sociales actuales, ni de los desarrollos de la sociedad descrita. Ellas dependen más bien de la esperanza y/o de la indignación moral, respectivamente. Las descripciones de clase son marcos de identificación cultural, de identificación con ciertas normas y expectativas. La teoría sociológica general nos conduciría a contar con que las descripciones derivadas de las normas fueran más estables que aquellas dependientes de las expectativas.

La importancia de la clase en el sentido descriptivo supondríamos que variaría entre países y épocas, con las ilusiones de una po-

lítica de la clase obrera (cf. más arriba el desarrollo histórico del concepto de clase) y con las normas de igualdad forjadas por la clase. La primera sería afectada por el advenimiento de la sociedad postindustrial, por la declinación relativa de la clase obrera industrial. Pero más directamente variaría con las coyunturas políticas, tales como la derrota de la política radical de clase en Europa occidental alrededor de 1980 y el desmoronamiento del socialismo este-europeo alrededor de 1990. La segunda descripción de clase no será probablemente muy influenciada por el postindustrialismo, en el mediano y corto plazo. Más bien podría esperarse que varíe entre las distintas naciones con la pasada y largamente operante fuerza de las normas de forjadas por la clase. Estas normas, a su vez, dependerán de la fuerza pasada del movimiento de la clase obrera y del populismo agrario.

Sobre esta base, las descripciones de la desigualdad de clase derivarían su frecuencia y significación discursiva no de la polarización clasista de desigualdad sino de la fuerza de las normas de igualdad formuladas por la clase. La Suecia contemporánea es un ejemplo. En términos de distribución del ingreso es el país occidental menos desigual (O'Higgins et. al. 1989; Uusitalo 1989:80). Por otro lado, también es sostenible que se trata de la sociedad occidental más concernida con la desigualdad de clase, ilustrado recientemente por una publicación sueca de estadísticas sobre "La sociedad de clases sueca" (Vogel 1987), por el gran interés de los medios masivos en la campaña electoral de 1988, cuestionando los efectos distributivos de una propuesta de reforma impositiva, y por una espectacular serie de artículos sobre la sociedad de clases sueca aparecidos en el periódico liberal de mayor circulación (**Expressen**) en enero de 1990.

En suma, las descripciones de clase, de facto, han sido, principalmente, o de expectativas o normativas. Como tales, han sido afectadas poco o sólo lentamente por los cambios de los objetos de descripción.

Las explicaciones de clase de la acción individual o de los logros individuales, por otro lado, dependen de su poder de explica-

cion empírica, un poder siempre afectado por las tendencias sociales actuales, pero también por el desarrollo de los modelos explicativos y por las explicaciones rivales. Este segundo significado de clase puede ser encontrado casi exclusivamente en el discurso científico académico: a menudo es un discurso especializado y formalizado, aunque las conclusiones atañen a los asuntos públicos y a veces son comunicados al público. Los estudios de movilidad intergeneracional, comportamiento del voto, y, más recientemente, sobre determinación del ingreso, son ejemplos mayores de este vasto género. No hay posibilidad de repasar aquí esta abundante literatura. Pero conviene subrayar dos puntos.

El primero es que la mayor parte de las variaciones en las oportunidades de vida o la conducta humana en las sociedades desarrolladas, en la mayoría de los casos de explicación relativamente exitosa en alrededor de 80-90 por ciento, permanecen inexplicados por la clase (y por ocupación, educación, sexo, etnicidad, etcétera). Uno de los primeros en iluminar esta indeterminación fue, quizás, Christopher Jencks (1972).

Para un resumen sucinto, ver más adelante Carlsonn (1988: 62 y ss.). Votar es una de las conductas humanas más determinadas por la clase, y el voto de clase en Escandinavia y en Suecia en particular es más alto que en cualquier parte. No obstante, un modelo de cinco clases (trabajadores manuales, empleados de cuello blanco de nivel bajo y medio, gerentes de nivel bajo y medio, gerentes de nivel alto junto con profesionales, agricultores con pequeños empresarios) podría dar cuenta sólo de un tercio de la distribución en 1985 entre el bloque de los (tres partidos) burgueses y los (dos partidos) socialistas. (La medida es la lambda de Goodman y Kruskal, y los datos netos estan tomados de Holmberg y Gilljam 1987:179.)

El segundo punto es que los modelos explicatorios crecientemente sofisticados, dan lugar a dudas, ya sea que el postindustrialismo implique una significativa declinación inmediata del poder explicativo que la clase al fin y al cabo tiene, o ya sea que está emergiendo una nueva estratificación postindustrial. Dos ejemplos con propósitos ilustrativos. Uno sobre clase y voto. Algunos análi-

sis del voto clasista británico, que van más allá de la usual división entre trabajo manual y no manual en un modelo de cinco clases (derivado de John Goldthorpe, y no idéntico al que yo usé para Suecia), y observando la fuerza relativa de los partidos en las diferentes clases, han mostrado una "fluctuación tendencial" del voto de clase para el período de la postguerra, hasta las elecciones de 1983 incluidas, *i.e.*, incluyendo las décadas de la dramática desindustrialización (Heath *et. al.* 1985; Marshall *et. al.* 1988:cap. 9). El apoyo a los partidos sube y baja, pero es más estable la distribucion relativa de la lealtad política entre las diferentes clases. Por supuesto, esto no significa que los cambios post-industriales en la estructura de clase no requerirá reconsideraciones sobre qué pueda ser una coalición de clase triunfante.

Otro ejemplo tiene que ver con la clase y el ingreso. Probablemente el análisis más comprensivo para ilustrar una distribución del ingreso en un país ha sido hecho por Hanny Uusitalo (1989) para Finlandia, sobre la base de los relevamientos nacionales de hogares, incluyendo tanto los hogares economicamente inactivos como los activos. En este contexto, el resultado más notable del penetrante análisis de Uusitalo, no es la mayor igualación, principalmente debida al Estado de bienestar, que él encontró entre 1966 y 1976 (y la relativa estabilidad entre 1976-1985), y en relación con eso el reducido poder explicativo de la clase en la distribución del ingreso, sino más bien lo siguiente. La reducción de la desigualdad interna de clase fue casi tan amplia como aquella experimentada entre las clases (93 por ciento de la primera para 1966-1981, medida por el coeficiente cuadrado de variación calculado por Uusitalo 1989:60). La importancia de la educación declinó más fuertemente que la de la clase (Uusitalo 1989:70). Una declinación del rol de la educación en la diferenciación de ingresos, en todos los niveles (i.e., no solamente el correspondiente a la educación superior) también ha sido registrado en Suecia entre 1968 y 1981, para la década de la postindustrialización (Jonhson 1988).

Más adelante, un factor incrementó fuertemente su capacidad explicatoria, desde la superación de la clase en 1976. Nos referi-

mos al tamaño y la composición del hogar, su número de miembros, de niños, de ancianos y de los económicamente activos.Este sostenía, éste es el punto, que fuera medido comparativamente "ingreso equivalente percibido", *i.e.*, que el ingreso de los individuos fuera comparado tomando en cuenta el tamaño y la composición de su hogar, y si los hogares tenían un jefe de familia en edad productiva. Esto indica el crecimiento de otra base de diferenciación social, aparte de la estructura económica industrial-postindustrial, basada en el sexo, en la generación, en las relaciones de edad, y también una razón para dudar que el rol del conocimiento es la clave de las sociedades postindustriales. Por otra parte, clase y tipo de hogar dejó sin explicar 59 por ciento del ingreso individual percibido en 1971 y 62 por ciento en 1981.

Que la posición de clase afecta las oportunidades de vida, la conducta, y la ideología, está mas allá de una duda razonable. Cómo y cuánto, en todo caso, todavía está lejos de ser aclarado. Pero damos cuenta es una evidencia indicativa de que su poder explicativo en la no tan distante de nuestros días sociedad industrial era más bien modesto y que ambos por lo tanto y por otras razones la emergente sociedad postindustrial probablemente tendrá sólo efectos modestos sobre la capacidad de la clase para dar cuenta de la acción individual y los logros. A menos en el corto plazo, el destino de las explicaciones de clase individual, que siempre han sido una preocupación capital de los científicos, es probablemente a ser más dependiente de los desarrollos metodológicos intracientíficos y de la utilidad de los datos disponibles para el tratamiento técnicamente interesante, más que de los cambios actuales extramuros. En el ámbito del debate público hay, sin embargo, al menos una implicación importante del precedente. Los *estilos de vida* escogidos no pueden ser muy bien contrapuestos (en su valor explicativo) a la clase, y argüir que han superado a esta última. (Un buen resumen de la literatura del estilo de vida es Müller 1989.) Si la clase, en la mayoría de los casos conocidos, siempre ha dejado inexplicado un 80-90 por ciento de la variación de la conducta individual, los diferentes estilos de vida, no determinados por la posición de clase,

siempre tienen que haber sido importantes rasgos de la conducta humana, aunque hubiera pocos sociólogos e investigadores de mercado que pensaran y escribieran sobre ellos.

El tercer sentido de clase, a saber, la clase como un elemento explicativo de la acción colectiva, fue, por supuesto, la perspectiva marxista. Aquí de nuevo la distinción entre el significado analítico y el (predominantemente) retórico uso de este significado no sólo es importante, sino más importante que en los otros dos casos. Mientras que la retórica central de la descripción de clase es denunciatoria, y la explicación de clase de la conducta individual está asépticamente formalizada, la retórica característica de la explicacion clasista de la acción colectiva es exhortativa, llamando a los miembros de la clase a la acción. "¡Proletarios de todo el mundo, uníos!".

La retórica exhortativa ha jugado una parte constitutiva en la elaboración de la acción colectiva determinada por la clase. Primero en las apelaciones de los liberales británicos a comienzos del siglo XIX (interpelando a la clase media), más tarde en aquella de los socialistas interpelando a la clase trabajadora. Esto no significa que hubiera algo tautológico o auto-satisfactorio en las teorías, aparentando explicar la acción colectiva por los intereses comunes de las redes interpersonales de la gente definida como miembros de la misma clase. Lo que la teoría decía es que la gente, teniendo la misma posición de clase, estaba probablemente, dados ciertos prerrequisitos de comunicación (la escasez nacional, que Marx distinguía entre los campesinos franceses), determinada para actuar conjuntamente en una dirección. Pero este proceso de formación de clase, predicho por la teoría, tuvo lugar en parte a través de la retórica exhortativa de los intelectuales, organizadores y políticos profesionales. La lucha de clases fue también una batalla discursiva sobre las clases, su significado, su promesa, sus límites (Przeworski 1985:cap. 2). La relación intrínseca, tanto como la posible disyunción temporal entre acción colectiva de clase y la exhortación de clase, es crucial para entender el actual rol de la clase en este tercer sentido, y su futuro previsible. Dicho sumariamente, en otros tiempos la retórica de James Mill y Karl Marx precedió muy signi-

ficativamente a la conciencia de clase y a la acción de clase, protagonizada por la clase media inglesa y la clase obrera internacional, respectivamente. Ahora, la mayoría de las exhortaciones de clase han desaparecido—en algunos casos no hace mucho tiempo, aunque menos de diez años atrás el "frente de clase" era el mayor eslogan de los socialistas franceses—pero la herencia organizacional del pasado determinando clasistamente la acción colectiva permanece, en el sistema político, en el mercado de trabajo. A pesar de los argumentos en contra, esto último ha sido muy poco afectado por la dramática des-industrialización.

El sistema de partidos de la segunda postguerra en los países de la OCDE exhibe, en general, una estabilidad básica en lo que hace al importante papel jugado por los partidos que surgieron de la organización colectiva de la clase trabajadora como clase, esto es, los partidos socialdemócrata y comunista; si bien una delgada curva ascendente es discernible entre 1960-1973 y una delgada curva descendente después. Más fuerte que cualquier tendencia general es un relevo geográfico de la gravedad europea, desde el norte al centro y sur de Europa (Armingeon 1989a). La organización sindical llegó a un punto culminante alrededor de 1980, salvo en EE.UU. y Japón (Therborn 1984). En los ochenta, su declinación era mayor que su crecimiento, con una tasa de sindicalización declinante en once de los diecisiete países de la OCDE, una creciente en cuatro y estable en dos (Armingeon 1989b).

Digno de destacar en este contexto es la reciente prueba acumulativa, de que la estructura económica y el cambio de la estructura económica, tal como la desindustrialización, tiene un impacto pequeño (en el corto y mediano plazo) sobre la organización sindical. En cambio, las instituciones políticas y del mercado de trabajo resaltan como determinantes mayores, de la variación entre secciones y entre naciones (Wallerstein 1989), de las variaciones trasnacionales del cambio en los ochenta (Armingeon 1989b), y de la declinación de los sindicatos estadunidenses (Freeman 1988).

Habría que agregar, que de nuevo enfrentamos el Efecto Matthew postindustrial, según el cual las sociedades industriales fuerte-

mente normadas por clases tienen tradiciones clasistas transmitidas en el postindustrialismo con menos dificultad que las poco estructuradas clasistamente.

La exhortación a la acción de clase colectiva ha declinado fuertemente desde la detención de la ofensiva del movimiento obrero de los setenta.

En vísperas de los noventa, el horizonte de las exhortaciones de clase se ha reducido de repente, con la impresión generalizada, después de los dramáticos cambios en Europa del Este, que no existe una alternativa viable para las actuales sociedades del capitalismo occidental desarrollado, o al menos no en el futuro previsible. En ambos casos, los momentos decisivos políticos—sobre terrenos económicos, seguramente— más que el derrumbe de estructuras económicas han sido cruciales. Por otra parte, las pautas clasistas de organización y acción colectivas no están desvaneciéndose, particularmente allí donde eran previamente muy importantes. Aunque están bajo presión.

¿Hay algún otro futuro concebible para la clase, como una base de acción colectiva que declina, lenta o rápidamente? No es fácil contestar "no". Las organizaciones de clase perdurables están inclinadas, probablemente, a reproducir discursos de solidaridad de clase, como medios racionales de mantenerse a sí mismas, aun sin ninguna promesa o esperanza de *"les lendemains qui chantent"*, de un futuro radiante y diferente provocado por la solidaridad de clase. Probablemente, la atracción de este discurso defensivo se desgastará. Pero no es inconcebible que suceda que una nueva clase postindustrial convoque a la conciencia y a la acción. Nosotros ya conocemos, admitidamente algo ambiguo, la calificación de los intelectuales como la clase dominante del futuro (Gouldner 1979). Aunque nadie todavía (audiblemente) ha tocado el clarín, no es imposible pensar en una convocatoria de la clase asistencial, la clase que cuida a la gente (y, posiblemente, al medio ambiente de los humanos). Ninguna alternativa es muy prometedora, es verdad. La clase social, *i.e.*, la posterior de Linneo, es en gran medida un concepto de la sociedad industrial y burguesa, un camino para reflexionar sobre las

diferencias entre burguesía—aristocracia y burguesía industrial—clase obrera industrial. Las teorías de clase postindustrial han sido construidas tipicamente hasta aquí en analogía con las clases industriales, más bien, digamos, desde una teoría general de la acción social y de la organización social. La descripción normativa de inaceptable desigualdad como "sociedad de clase" no está vinculada necesariamente a las exhortaciones para la acción colectiva de clase, a la lucha de clases. En la Suecia contemporánea, por ejemplo, lo anterior más bien parece interpelar a todos los ciudadanos de buena voluntad, solidaridad cívica y responsabilidad.

Una nota de conclusión

Clase es al mismo tiempo que un conjunto de discursos históricos particulares, un referente real del debate y la investigación. Ninguno de estos aspectos debería ser perdido de vista, y su inestable ligazón debería ser capturada en sus momentos de cambio. Clase emergió como una vía de pensar, de hablar y actuar como consecuencia de las revoluciones francesa e industrial.

Las organizaciones y la política de la clase obrera, que pronto devino la mayor portadora del concepto de clase, alcanzaron el cénit en Europa en la década de los setenta, una embestida que puede ser tomada como un flujo algo rezagado de la sociedad industrial. Una ruptura mayor en la historia económica de las sociedades avanzadas tuvo lugar alrededor de 1970, con el comienzo de la desindustrialización y el ascenso de las sociedades postindustriales. En el lento movimiento de la historia socio-económica ésta fue una ruptura aguda, aunque oscurecida en su momento para la atención pública por la crisis coyuntural. El impacto político del giro de la historia social pareció total e inmediato para muchos, en vista de la derrota de las fuerzas del trabajo al final de los setenta.

El análisis anterior ha subrayado el cambio de época, mientras que al mismo tiempo demostraba sus complicadas implicaciones. Los nuevos tiempos que se avecinan implican que Europa del Este,

como la parte más industrializada del mundo actual, está enfrentando otro cambio mayor, aparte del que se sigue de su nueva política, un proceso de masiva desindustrialización relativa. La perspectiva socio-filosófica convencional del postindustrialismo ha exagerado en exceso el papel del conocimiento, la educación, los intelectuales y los profesionales. Por otro lado, ha subestimado fuertemente la importancia del género sexual, la edad, las generaciones y el trabajo asistencial. Mucho menos que en las sociedades industriales es comprensible la emergencia de la división social del trabajo como una cuestión entre varones en edad productiva. Una tarea mayor del futuro será captar y tratar las tensiones entre, por un lado, la producción y conducción del conocimiento y la comunicación, y, por otro lado, el cuidado y servicio de la gente. La filosofía postindustrial tampoco ha percibido la renovada importancia de la propiedad y del mercado, y la problemática del capitalismo postindustrial.

Las economías postindustriales tienden a incrementar la heterogeneidad socioeconómica y por eso amenazan cualquier unidad social amplia, tal como aquella de las clases. De todos modos, las sociedades industriales siempre difieren entre sí en un número importante de características, y un examen más atento a las sociedades postindustriales emergentes muestra que esto mismo se puede sostener para ellas. En varias áreas de las comparaciones trasnacionales encontramos el efecto Matthew postindustrial. Países relativamente fragmentados como sociedades industriales tienden a engendrar un postindustrialismo más fragmentado, y países con cohesión de clase en su fase industrial tienden a obtener mejores condiciones postindustriales para el colectivismo de clase.

Pero, qué es y qué ocurrirá con la "clase", "la sociedad de clases", "el conflicto de clase"; deriva y depende no sólo de las pautas sociales de propiedad, producción, trabajo y distribución. La clase es una forma de pensar y hablar *sobre*, y de actuar *en* la sociedad. Retóricamente, la clase es utilizada en tres sentidos principales: como una descripción de la distribución de las posesiones, riesgos y perjuicios entre los individuos; como una explicación y predicción de las oportunidades de vida individuales y de las conductas indivi-

duales; como una explicación y predicción de la acción y organización colectivas. Cada una opera predominantemente en un contexto característico: la descripción, en las críticas y denuncias (o expectativas) sociales; las explicaciones individuales, en las formalizaciones científicas, y las explicaciones/predicciones colectivas primariamente en las exhortaciones para abolir las injusticias y/o para la autorrealización. Las dimensiones discursivas de la clase significan que las políticas e ideologías de clase tienen una autonomía considerable en relación a los cambios de la estructura de clases. Esta autonomía funciona en formas distintas, dependiendo de las normas de justicia distributiva, de la metodología científica, y la herencia organizacional así como las expectativas políticas, respectivamente.

Tanto la estructura como el (tipo característico de) discurso de las sociedades afectan las relaciones sociales. El funcionamiento de las sociedades postindustriales dependerá al mismo tiempo de los cambios en la estructura socio-económica y de la herencia y cambios de las pautas dominantes en la organización de intereses y del discurso. Los dos interactúan, y en las transformaciones históricas actuales tienden o bien a reforzarse mutuamente o a debilitarse con respecto al futuro postindustrial de la clase. En Escandinavia, por ejemplo, la clase permanece, y es probable que permanezca en un futuro previsible como un rasgo mayor del discurso y la organización social. Ambas situaciones polares del presente y del futuro en las sociedades avanzadas, de todos modos, abrigará una combinación de la indeterminación individual a escala ampliada (con una determinación social por pautas) y cambios humanos universales.

Bibliografía

Armingeon, K. 1.989a. Sozialdemokratie am Ende?, **Oslerreichsische Zeitschnfi f. Politikwissenschah**, no. 4.

1989b. Arbeitsbeziehungen und Gesellschaftsentwicklung in den actziger Jahren. Ein Vergleich der OECD-Lander, Politische Vieteljahresschrift, 30:4.

Bairoch, P. 1968. **The Working Population and its Structure**, Brussels, Ed. del'Institut de sociologie.

Bell, D. 1973. **The Coming of Post-Industrial Society**, New York, Basic Books. [Madrid, Alianza].

Briggs, A. 1963. The Language of 'Class' in Early Nineteenth Century England, in R.S. Neale (ed.), **History and Class**, Oxford, Blackwell.

Carisson, G. 1988. **Mass Response and Individual Choice**. Stockholm, Almqvist & Wiksell.

Ebbinghaussen R., & Tiemann, F. (eds.) 1984. **Das Endeder Arbeiterbeweyung in Deutschland?**, Opladen Westdeutscher Verlag.

Elfring, T. 1988. **Service Sector Employment in Advanced Economies**, Aldershot, Gower.

1989. **New Evidence on the Expansion of Service Employment in Advanced Economies**, Review of Income and Wealth, 35:4.

Freeman, R. 1988. Contraction and Expansion: The Divergence of Private Sector and Public Sector Unionism in the United States, **Journal of Economic Perspectives**, 2:2.

Geijer, E.G. 1980. **Om v°a tids inre samhällsförh Handen**, Stockholm, Tiden.

Gershuny, J. 1978. **After Industrial Society**, London, Macmillan.

Gershuny, J., & MIles, I.1983 **The New Service Economy**, London, Frances Pinter.

Gouldner, A. 1979. **The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class**, New York. OUP. [Madrid, Alianza].

Heath, A. et. al. 1985. **How Britain Votes**, Oxford, Pergamon.

Hernes, G. fothcoming. Karl Marx and the Dilemmas of Social Democracies, in Ph. Schmitter (ed.). **Experimenting with Scale**, Cambridge. CUP.

Hobsbawm, E. 1981. The Forward March of Labour Halted?, in M. Jacques & F Mulhern (eds.), **The Forward March of Labour Halted?**, London, Verso and Marxism Today.

Holmberg, S., & Gilljam, M. 1987. Valjare och val i Sverige, Stockholm, Bonniers. Hunt, E.H. 1981. **British Labour History** 1815-1914, London, Weidenfeld & Nicolson.

ILO 1988. **Yearbook of Labour Statistics**, Geneva, ILO.

Jones, G. Stedman, 1983. **Languages of Class**, Cambridge, CUP. [Madrid, Siglo XXI, 1989].

Jonsson, J. 1988. **Utbildning, reproduktion och social skiktning**, Stockholm, Institute f. social forskning.

Kocka, J. 1977. **Angestellte zwischen Faschismus und Demokratie,** Göttingen, Vandenhoeck & Reprecht.
1983. **Lohnarbeit und Klassenbildung**, Bonn, Dietz Nachf.
1988 (ed) Bürgertum im 19. Jahrhundert Bd 1, Münchenm dty
Korpi, W 1983, **The Democratic Class Struggle**. London, Routledge.
Luhmann, N. 1985. Zum Begriff der sozialen Klasse, in N. Luhmann (ed.), **Soziale Differenzierung**, Opladen, Westdeutscher Verlag.
Marshall, G., et. al. 1988. **Social Class in Modern Britain**, London, Hutchinson.
Muller, H.P. 1989. **Lebensstile, Kolner Zeitschrift** f. Soziologie 41:1.
OECD 1984. **Employment Outlook**, Paris, OECD.
1985. **Employment Outlook.**
1986. **Employment Outlook.**
1987a. **Historical Statistics 1960-1985**, París, OECD.
1987b. **Labour Force Statistics 1960-1985**, Paris, OECD.
1988. **Employment Outlook.**
1989a. **Labour Force Statistics 1967-1987.**
1989b. **Economic Outlook** no. 46, Paris, OECD.
O'Higgins, M. et. al. 1989. Income Distribution and Redistribution, **Review of Income and Wealth**, 36:2.
Perkin, H. 1989. **The Rise of Professional Society**, London, Routledge.
Piore, M., & Sabel, C. 1984. **The Second Industrial Divide**, New York, Basic Books
Przeworski, A., & Sprague, **J. Paper Stones: A. History of Electoral Socialism**, Chicago, Chicago University Press.
SCB 1979. **Arbetsmarknadsstatistisk Asbok 1978**, Stockholm, Statistcs Sweden.
1988. **Statistisk Asbok 1988**, Stockholm, Statistics Sweden.
1989. **Folk-o-Bostadsrakningen 1985 del 7**, Stockholm, Statistics Sweden.
Sewell, W. 1980. **Work and Revolution in France**, Cambridge, CUP.
Stinchcombe, A. 1986. **Stratification and Organization**, Cambridge, CUP
Therborn, G. 1981. **Klasstrukturen i Sverige 1930-1980**, Lund, Zenit.
1984a. The Prospects of Labour and the Transfonnation of Advanced Capitalism, **New Left Review** no. 145.
1984b. Britain Left Our. **New Socialist** no. 17.
1986. Class Analysis: History and Defence, in U Himmelstrand (ed.), **Sociology from crisis to science?**, London, Sage.
1987.Klassernas spr°Laoch<lasskampens sp°a, in U.Bergryd(ed.),**Den sociologiska fantasin**, Stockholm, Rabén & Sjögren.

1989a. **Nation och klass, tur och skicklighet Vagar till standing (?) makt**, in K. Misgeld et. al. (eds.), **Socialdemokratins samhälle**, Stockholm, Tiden.
1989b. States, Population, and Productivity: Towards A Polítical Theory of Welfare States, in P. Lassman (ed.), **Politics and Social Theory**, London, Routledge.
Thompson, E. P. 1963. **The Making of the English Working Class**, Oxford, OUP. [Barcelona, Crítica].
Touraine, A. 1971. **The Post-Industrial Society**, New York, Random House. [Barcelona, Ariel].
Uusitalo, H. 1989. **Income Distribution in Finland**, Helsinki, Central Statistical Office.
Vogel, J. 1987. **Det svenska klassamhallet**, Stockholm, Statistics Sweden.
Wallerstein, M. 1989. **Union Organization in Advanced Industrial Democracies**, American Pol. Science Revies, 83:: .
Williams, M. (ed.) 1971. **Revolutions 1775-1830**, Harmondsworth, Penguin.
Williamson, O. 1975. **Markets and hierarchies: Analysis and anti-trust implications**, New York, Free Press.
World Bank, 1987. **World Development Report 1987**, Washington, World Bank.